

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 25 DE MAYO DE 1914

Núm. 1.691

BARCELONA. SALÓN PARÉS



LA ESPOSA DEL OBRERO, cuadro de Juan Llimona

(De fotografía de F. Serra.)



Texto. — *Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *En el circo*, por Francisco Iribarne. — *Homenaje a la raza india norteamericana*. — *México. El conflicto con los Estados Unidos*. — *La boda de S. A. R. el Infante D. Fernando*. — *Barcelona. II Congreso Nacional de la Propiedad Urbana*. — *Marruecos. Nuevos avances de las tropas francesas y españolas*. — *La victoria* (novela original de Pablo Acker, dibujos de Simont). — *París. Visita de los Reyes de Dinamarca*. — *París. Alsacianos y loreneses ante la estatua de Estrassburgo*. — *Lyon. Apertura de la Exposición*. — *Roma. Reunión quinquenal del Consejo Internacional de las Mujeres*. — *Banquete con que el Comité de la Exposición de Industrias Eléctricas ha obsequiado a la prensa de Madrid*.
Grabados. — *La esposa del obrero*, cuadro de Juan Llimona. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *En el circo*. — *Monumento a la raza india norteamericana frente a la bahía de Nueva York*. — *El Símbolo de la Paz; El Médico; La Protesta; Invocación al Gran Espíritu*, obras del escultor yanqui Mr. Ciro E. Dallin. — *Notas de México, Madrid, Barcelona, Marruecos, París y Lyon*. — *El debut*, cuadro de N. Michailoff. — *Madonna*, cuadro de Héctor Cercone.

REVISTA HISPANOAMERICANA

México: la guerra civil, la intervención armada de los yanquis y los actos y programa del Gobierno de Huerta: la cuestión agraria y las ofertas de reparto de tierras: los carrancistas y villistas contra los extranjeros y especialmente contra los españoles: juicios sobre la conducta de mexicanos y yanquis. — **República Dominicana:** las elecciones y los candidatos a la presidencia. — **Venezuela:** estado actual del país desde el punto de vista político. — **Ecuador:** la revolución.

México, Santo Domingo, Venezuela, Ecuador..., dan la nota revolucionaria y bélica en estos primeros meses de 1914.

En los Estados Unidos de México, la guerra civil que empezó durante el último período constitucional de Porfirio Díaz ha provocado el conflicto con los otros Estados Unidos, cuyas naves cañonean puertos mexicanos y cuyos soldados operan en territorio de esta República, como en país abierto a la conquista.

La lucha entre federales y constitucionalistas — que así han dado en llamarse dos de los partidos que se disputan el poder — no altera la marcha normal del Gobierno de Huerta, por lo menos en cuanto a las apariencias y función externa de la vida política y administrativa.

El ministro de Comercio e Industria, Moheno, hacía llegar a la prensa un programa de reformas encaminadas a fomentar la riqueza nacional y los ingresos fiscales. Lamentaba la pobreza del Erario, pobreza que atribuía a la excesiva generosidad de otros gobiernos, y se «horrorizaba» al pensar que en tiempo del general Díaz se habían adjudicado, con muy escasos beneficios para el Tesoro nacional, 70 millones de hectáreas de terreno, cuyo valor ascendía a 700 millones de pesos.

En cambio, en tiempo del general Díaz nunca hubo motivo para que pudieran «horrorizarse» los buenos patriotas de México, viendo sus tierras invadidas y sus ciudades cañoneadas por los yanquis.

Días después de hacerse públicas las declaraciones de Moheno, el 1.º de abril, inaugurábase el período de sesiones del Congreso de la Unión, y el general Huerta, sin aludir siquiera, cauto o discreto, a la tirantez de relaciones con los Estados Unidos, hacía constar en el Mensaje el propósito de establecer las reformas agrarias y consignaba la atención preferente dedicada a la enseñanza en sus varios grados, el progreso realizado en las vías de comunicación, los medios puestos en juego para contrarrestar las dificultades de la circulación monetaria, y finalmente, los esfuerzos hechos para restablecer la paz, elevando el personal del ejército colonial hasta 250.000 hombres, más 12.400 rurales y 31.000 de milicias regionales.

Con este ejército para combatir a los bandos de Carranza y de los demás caudillos, y con la oferta de distribuir 230.000 kilómetros cuadrados de tierras, confiaba Huerta en imponerse a los unos y atraer a los otros. No vacilaba en asegurar que había terrenos suficientes «para hacer propietarios a todos nuestros nacionales, así como a los extranjeros de buena voluntad».

Pero los ejércitos de Huerta tuvieron poca fortuna en sus últimos combates con los carrancistas; los extranjeros de buena o mala voluntad que residían en la República, en vez de las tierras que ofrecía

aquél, recibieron balazos o cuchilladas, y los que no perecieron asesinados por Villa y sus secuaces, tuvieron que huir de Méjico, maltratados y desposeídos de lo poco o mucho que tenían; por último, la falta de unos cuantos cañonazos que a modo de saludo o reverencia exigían de Huerta los yanquis, sirvió de pretexto al Gobierno de Washington para lanzarse resueltamente contra México, eligiendo como adversario al Gobierno de aquél cuando ya lo creyó bastante quebrantado a consecuencia de fracasos sufridos en la guerra con las fuerzas de Carranza y Villa.

* *

Entre los extranjeros establecidos de antiguo en el país los que más daño han sufrido ahora son los españoles. Aparte otros motivos, el odio que algunos mexicanos tienen a nuestros compatriotas, se relaciona con la cuestión agraria a que antes me referí. Hay grandes propiedades que pertenecen a españoles y en ellas trabajan braceros indios en condiciones algún tanto duras. Los mexicanos que no han podido llegar a ser propietarios ni a tener braceros, protestan contra «la explotación del gachupín usurero sobre el trabajo indiano», frase de cierto diario de Guadalajara de México. Pero este mismo diario nos informa de que hay también grandes propietarios y explotadores del trabajo del indio que no son gachupines, y señala las dificultades que habría para expropiar a poderosos terratenientes, tal como el viejo general D. Luis Terrazas, dueño de 300 sitios o fincas, que comprenden 18 pueblos.

En realidad, lo que Villa y los suyos quieren es el reparto de la propiedad ajena, de modo que ésta cambie de manos y pase a las suyas. El primer paso para conseguirlo es hacer imposible la vida en México a los actuales propietarios.

* *

Los atropellos de que ahora han sido víctimas los españoles me hacen recordar el libro que, en 1878, publicó Adolfo Llanos Alcaraz. *No vengáis a América*, se titula y estaba dedicado a los pueblos europeos. Lo había escrito e impreso en la capital de México, y desde ella recomendaba a los españoles que no fueran a América si no querían exponerse a vivir entre gentes que los detestaban y a tener que escuchar continuamente insultos contra España y contra ellos mismos.

Aparte las tintas demasiado sombrías con que trazó Llanos el cuadro de la América que fué española, en los años transcurridos desde entonces, las cosas han cambiado mucho, y sólo la tremenda crisis que hoy sufre México puede explicar la regresión a los días en que prevalecieron los odios del criollo contra el español europeo.

La exacerbación de las malas pasiones como consecuencia de las rivalidades personales que crean la codicia del poder o la ambición de altos puestos administrativos han traído a México al estado actual, frente al que vacilan los demás pueblos, por no saber quién es merecedor de mayor aprecio y simpatía, si el que se defiende contra adversario poderoso y solapado que suscitó y mantuvo la revolución para dominar mejor a la víctima, o la nación que se lanza a poner orden y paz entre enemigos irreconciliables y feroces que labran la ruina de la patria, y que en sus relaciones con los extraños desatienden los más elementales principios de humanidad y de justicia.

En último término, dígame lo que se diga de la política artera de los yanquis, nunca podría ésta prosperar si no hallara materia bien abonada para ello en los mismos pueblos en que ejercitan su acción o su influencia.

* *

Así sucede en Santo Domingo. No parece sino que sus políticos o sus gobernantes ponen decidido empeño en provocar la intervención de los Estados Unidos.

En diciembre último el asunto que más preocupaba eran las elecciones municipales y de la Asamblea Constituyente. Debía haber poca confianza en los procedimientos electorales, porque se dijo que el Gobierno de Washington se proponía fiscalizarlos. Y en efecto, llegó a ejercer cierta intervención sobre la política interior de la República. El departamento de Estado de Washington siguió paso a paso el desarrollo de la crisis promovida por la lucha de partidos para la designación de nuevo presidente. El que ya lo era, Bordas, y los Sres. Velázquez, Vázquez y Jiménez se disputaban el cargo.

En marzo la situación financiera era angustiosa y

urgía contratar un empréstito. La agitación política se exacerbó de tal modo, que el Gobierno de los Estados Unidos decidió enviar un cañonero a Puerto Plata. Había sido preciso aplazar las elecciones presidenciales. La Cámara de representantes se negaba a autorizar al gobierno de Bordas para contratar el empréstito, a pesar de las gestiones que en pro de la operación hacía el ministro yanqui en Santo Domingo Sr. Sullivan. Quería éste imponerse al general Desiderio Arias, jefe de la oposición contra Bordas, y Arias ha replicado a las exigencias de Sullivan poniéndose al frente de la revolución.

* *

Una especie de mensaje que los presidentes de los Estados de Venezuela dirigieron, en enero último, al ministro del Interior del Gobierno federal, y la respuesta de dicho ministro, Sr. Zumeta, nos dan clara idea de la situación del país desde el punto de vista político.

Hacían notar los presidentes que con motivo del movimiento revolucionario de julio de 1913 no se verificaron en el tiempo que fija la ley, las elecciones de concejales municipales y de diputados a la Asamblea legislativa, funcionarios que conforme a la Constitución debían renovarse el 20 de febrero de 1914. Esto no podía hacerse por el motivo expresado, quedando, en consecuencia, los Estados amenazados de una completa acefalia en los varios ramos del Poder Público. No había medio ni de renovar el Poder Judicial, de tanta importancia en la administración pública. Estimaban los presidentes como deber ineludible poner estos hechos en conocimiento del Poder Ejecutivo federal, a fin de que, adoptándose medidas oportunas, pudiera conjurarse la situación anómala en que se encontrarían los Estados a partir del 20 de febrero.

Contestó el Sr. Zumeta que el decreto de 1.º de agosto de 1913 había dejado en suspenso las garantías individuales en él enumeradas en cuanto lo requieran la defensa del orden público y en tanto se restablecía la paz; que la última de las dos condiciones indicadas debía mantenerla el Ejecutivo federal, porque como sabía toda la nación, los enemigos del orden público, dirigidos principalmente por los generales Cipriano Castro, José Manuel Hernández, Leopoldo Baptista, F. L. Alcántara, Régulo Olivares y otros, no solamente continuaban en actitud hostil contra el gobierno legítimo, sino también fomentando por todos medios, en el interior y en el exterior, la prolongación de la revolución armada; de suerte que sería desatender el voto mismo de la opinión nacional y comprometer los vitales intereses del país resolverse a licenciar el ejército, que es garantía de la paz futura y estable.

No obstante, cuando los Estados, autónomos e iguales como son en la Confederación venezolana, lo consideren oportuno y hacedero, pueden dar solución a la grave cuestión política a que se refieren sus presidentes, solución ante la cual el Ejecutivo federal se limitará a acatarla y a obedecerla, ya que, según los principios del derecho constitucional venezolano, la soberanía reside en el pueblo, y el ejercicio del poder público no es más que la representación de la voluntad popular expresada en las elecciones y en las leyes.

Los informes que preceden aclaran puntos dudosos referentes a la vida política de Venezuela en estos últimos tiempos. Ya sabemos, por declaración oficial, que las garantías individuales están en suspenso hace meses, que el estado revolucionario no cesa, que Cipriano Castro insiste en recuperar el mando a viva fuerza y que el Gobierno de Gómez necesitaba estar arma al brazo para sostenerse en el poder.

Posteriormente se ha dicho que el general Hernández, el *Mochó*, como allí le llaman, había desembarcado en Maracaibo y que avanzaba victorioso por los Estados de los Andes y Zulia. Ha coincidido este movimiento revolucionario con el fin (14 abril) del período presidencial de Gómez.

* *

En la República del Ecuador persisten, respectivamente, en el ataque y la defensa los revolucionarios y el Gobierno. Parecían vencidos los primeros en la región de Esmeraldas; pero los últimos telegramas — que como siempre hay que tomar a beneficio de inventario — presentaban en grave aprieto a las fuerzas del presidente Leónidas Plaza y traían a la memoria la matanza de generales y demás sangrientas escenas de la revolución de 1912.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

EN EL CIRCO, POR FRANCISCO IRIBARNE, dibujo de Tamburini



Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos...

Sonó un grito de terror; un clamor sordo de la multitud siguió aquel grito. La desgraciada Miss Kellen cayó desde lo alto del trapecio en donde ejecutaba diariamente sus arriesgados ejercicios. El director y los mozos de pista acudieron inmediatamente, rodeando el cuerpo exánime de la desgraciada, que yacía sobre la arena del circo con los ojos cerrados y la cara lívida, blanca como la cera. Ninguno se atrevía a tocar su delicado cuerpo, cubierto con la malla verde. Muchos espectadores saltaron a la pista y rodearon también el cuerpo de la desventurada Miss Kellen, que miraban con esa curiosidad mezcla de terror y de compasión, con ese interés brutal que guía a los espectadores de todas las catástrofes. Miss Kellen tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos; sus brazos largos y bien modelados extendíanse a lo largo del cuerpo; las piernas hallábanse dobladas, rotas, en una posición inverosímil. La muerte debió de ser instantánea, produciéndose sin duda por la tremenda conmoción del golpe que al caer recibió en la cabeza. Sin embargo, no hubo ningún derramamiento exterior de sangre.

Los espectadores que no se sintieron capaces de contemplar de cerca tan desgarrador espectáculo, abandonaron la sala comentando aquella desgracia. Sobre la pista se reunieron todos los artistas y algunos tenían los ojos bañados de lágrimas.

El cadáver fué levantado momentos después, llevándolo al cuarto donde la desgraciada Miss Kellen tenía sus ropas.

— ¿Saben ustedes dónde vivía esta joven?, preguntó el juez al director.

— Sí, señor, respondió el interrogado; vivía con un hermano suyo paralítico en Tottenham Street, 59. Fue contratada hace quince días. Nos la propuso la Agencia «Burbury» como un número sensacional y se le pagaban cincuenta libras por semana.

— ¿Es inglesa?
— Creo que sí, porque hablaba el inglés correctamente.

— Está bien.
El juez dió orden para que el cadáver fuese trasladado desde el circo al depósito judicial, donde se le haría la autopsia.

* * *

¿Quién era Miss Kellen? ¿Cómo vivió aquella infeliz que acababa de sucumbir ante el público? ¿Qué misterio había en su existencia? Esto es lo que se preguntaban los artistas que permanecieron velando su cadáver.

— ¿Era muy amable, verdad?, dijo un clown de cara estúpida y recia musculatura de atleta.

— Y muy tímida, agregó un equilibrista japonés en cuyo rostro cetrino no se traslucía la más pequeña emoción ante aquel conmovedor espectáculo.

— En su vida debió haber algo extraordinario, dijo con voz insinuante una joven que hacía juegos malabares. Ganaba un buen sueldo, era una gran artista y vestía pobremente; no llevaba alhajas. Ahí está su ropa, que valdrá todo lo más cincuenta chelines.

— Será preciso avisar a su hermano, decirle lo que pasa, murmuró con voz de falsete un hombre pequeño, de nariz aguileña y ojos grises y brillantes que tenía en la mano un látigo.

— Usted puede ir, Mr. Georges, replicó la malabarista. Usted es un hombre hábil y puede prevenir a este desgraciado, que sufrirá mucho viendo que su hermana no vuelve a la hora de costumbre. No le diga usted que ha muerto, así, de pronto; eso sería una crueldad. Dígale usted que está grave, que la han llevado al hospital y luego, al día siguiente, ya la noticia de la muerte de su hermana será menos terrible.

— Sí, pero es preciso que no le dejen leer los periódicos.

Mr. Georges se disponía a salir y sus compañeros le llamaron.

— Si va usted a ver al hermano de Miss Kellen, llévele usted las ropas.

Mr. Georges cogió los vestidos y el abrigo de la desventurada y salió con ellos bajo el brazo. Luego entró en su cuarto y los dejó sobre una silla, mientras cepillaba su sombrero y se ponía el gabán decidido a llevar a cabo la penosa misión que se había impuesto.

Preparado ya para salir, cogió nuevamente las ropas de Miss Kellen y quiso envolverlas en un número del «Daily Telegraph» que había sobre la mesa.

Al coger el abrigo de la joven para doblarlo, vió que caía al suelo un sobre. Mr. Georges lo recogió y una irresistible curiosidad le hizo leer lo que en él había escrito. En el sobre decía: «*Mi confesión, para que se lea después de mi muerte.*» Mr. Georges quedó estupefacto. Aquello era muy grave y él no sabía qué hacer. El sobre estaba abierto; pero mister Georges no se atrevía a leer aquella revelación póstuma de la desgraciada artista. Se le ocurrió ir a consultar a sus compañeros y salió con el sobre misterioso en la mano, entrando nuevamente en el pequeño cuarto que servía de cámara mortuoria donde permanecían aún velando el cadáver algunos artistas.

Todos acordaron que se leyera. El pliego encerrado en el sobre explicaba la muerte de Miss Kellen, que no era, como supondrán muchos cándidamente, un suicidio, una acción premeditada.

«Los que lean estas líneas tal vez no las comprendan, porque las escribo en un momento de agitación indescriptible.»

»Hace varios días que sufro la preocupación de la muerte. Estoy segura de que voy a morir y un inexplicable terror me sobrecoge al pensar en esto: ¿qué va a ser de mi desgraciado hermano? Para él trabajo; por él sufro constantemente y daría hasta la última gota de mi sangre si con tal sacrificio lograra verle otra vez libre de esa maldita parálisis que le tiene clavado en el lecho. ¡Ha sido tan bueno para mí que no sé cómo podré pagarle!

»Cuando murió nuestra madre, mi pobre hermano contaría apenas diez y siete años. Ganaba un pequeño sueldo trabajando como tipógrafo y con este pequeño sueldo cubríamos escasamente nuestras necesidades. Esto lo he sabido después, porque entonces yo contaba cuatro años. Mi hermano no quiso separarse de mí. Él me cuidaba, me llevaba al colegio y al salir del taller iba a recogerme. Por las noches se quedaba hasta la madrugada arreglando mis ropas, limpiando nuestra habitación, en la que todo seguía como en vida de nuestra pobre madre.

»Así crecí yo y un día, teniendo ya catorce años, le dije a mi pobre hermano que quería ser artista. Era yo una muchacha ágil y fuerte. Los ejercicios peligrosos me entusiasaban y entré con su autorización en una escuela de gimnastas, donde aprendí los rudimentos de un arte que no es tan lucrativo ni tan fácil como suponen los que no lo practican. Poco después mi hermano comenzó a sufrir dolores insostenibles en todos los huesos y quedó paralizado. Yo no tenía contrata. Para contratarme era preciso efectuar ejercicios arriesgadísimos a los cuales yo no estaba acostumbrada. ¡Qué hacer! Mi pobre hermano tendría que ir al hospital, nuestro pequeño hogar iba a deshacerse! Yo pasaba noches horribles de insomnio. Nuestros recursos se acababan y a mí no se me presentaba ninguna contrata. Entonces fué cuando se me ocurrió practicar este ejercicio, que vi hacer a unos árabes en Chicago. Fui a ver a un agente y le expliqué el número, suplicándole que me prestase lo necesario para montarlo. El agente comprendió que era algo sensacional y no tuvo reparo en adelantarme lo necesario. Ensayé durante una semana y luego me contrataron en seguida; pero yo no podía practicar el doble salto mortal con facilidad al desprenderme del trapecio. Tenía que efectuar un esfuerzo superior al que son capaces mis músculos. Esto no lo sabía nadie más que yo. ¡Es horroroso! Cuanto más ejercicio hacía de muñecas menos seguridad tenía al desprenderme. Muchas veces al coger en el aire el segundo trapecio han crujido los huesos de mis manos; he estado a punto de soltar la barra y precipitarme en el vacío.

»Mi pobre hermano no sabe esto; si lo supiera no lo habría consentido.

»Mi contrata es por treinta días; llevo ya quince; pero sé que no podré acabar los otros quince que me restan. Todas las noches, al entrar en el circo, estoy por ir al despacho del director y rescindir el contrato; pero no me atrevo. Esta noche el miedo a la muerte me sobrecoge de un modo brutal. Vestida ya para salir a la pista, trazo estas líneas que dirijo a mis compañeras para que las lean en caso de que yo sucumba esta noche... ¡Qué pena tan grande! ¡Pobre hermano mío! ¡Qué solo te quedas!..

»¡Si vosotros, amigos míos, podéis hacer algo en su favor, hacedlo! ¡Ha sido tan bueno para mí y para todo el mundo!..»

Al acabar de leer estas líneas Mr. Georges, todas las artistas tenían los ojos arrasados de lágrimas.

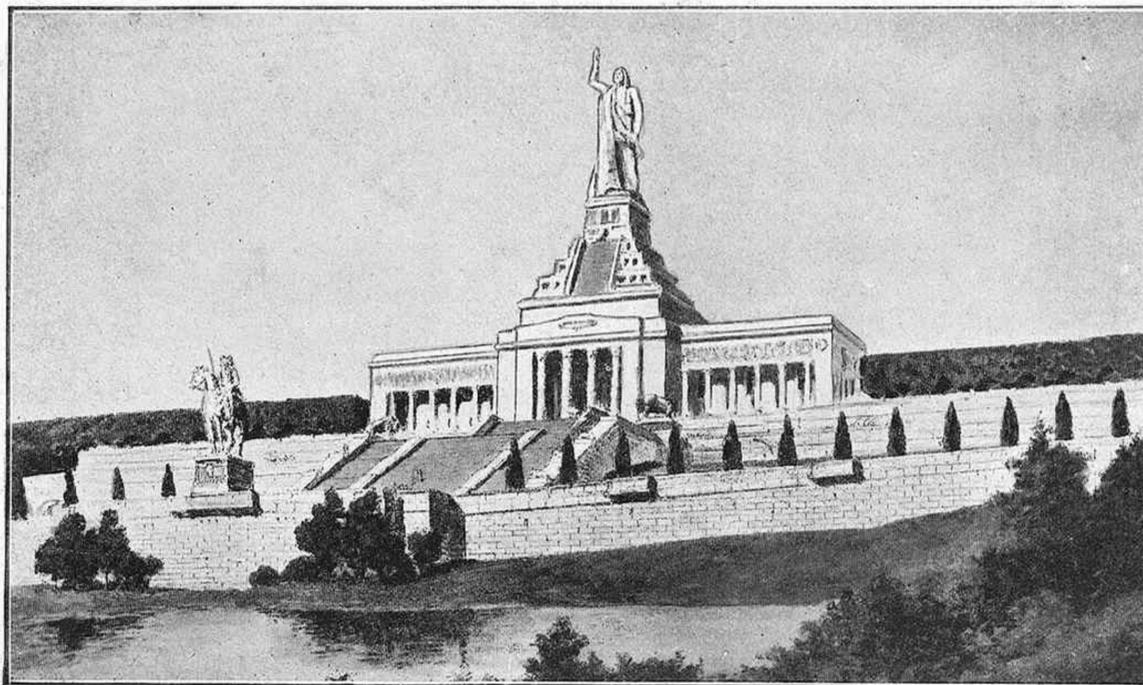
—Será preciso hacer algo por el hermano de Miss Kellen, dijo el clown con voz conmovida.

—Nadie tiene que hacer nada, dijo serenamente el pequeño domador Mr. Georges. Yo me encargo de él y no le faltará nada mientras viva: para eso he logrado hacer con mis leones una pequeña fortuna.

Al decir esto Mr. Georges, todos miraron el pálido semblante de Miss Kellen y diríase que en los cárdenos labios de la muerta se dibujaba una leve sonrisa.

HOMENAJE A LA RAZA INDIA NORTEAMERICANA

Desde el descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón, los habitantes indígenas del continente norteamericano se conocen con el nombre de indios, cuya raza inspira mayor respeto a los conquistadores a medida que se va extinguiendo. El millón de indígenas que se calculaba que existían hace cuatrocientos años en el territorio que ocupan



Monumento en honor de la raza india norteamericana frente a la bahía de Nueva York

los Estados Unidos, queda reducido a unos 350.000. La civilización, de la cual han sido alternativamente amigos o enemigos, ha sido funesta para su vida y condiciones.

Historiadores y poetas han referido y cantado las maravillosas hazañas de esta orgullosa raza, un tiempo tan potente y hoy tan abatida; renombrados artistas la han representado en el encanto de las selvas y en el fragor de los combates; pero estaba reservada a un millonario americano, Mr. Rodman Wanamaker, la laudable obra de erigir un monumento perdurable en honor del indio.

Mr. Rodman Wanamaker es un distinguido arqueólogo, amante de las bellas artes, cultivador de la historia, patriota acérrimo y protector de la American Indian Memorial Association, agrupación compuesta de patriotas norteamericanos, que está erigiendo el citado monumento.

El punto designado para este monumento es el conocido por los Narrows, en la bahía de Nueva York, estrecho canal por el cual tienen que entrar todos los buques que vienen del Océano Atlántico.

A derecha e izquierda de este canal se contemplan bellísimas y empinadas colinas que en el verano están cubiertas de una primorosa y exuberante vegetación.

A un lado de este canal se destaca Fort Wadsworth y al otro Fort Hamilton, que simbolizan el poder y la fuerza de la nación que se extiende por el continente norteamericano.

El Gobierno de los Estados Unidos ha cedido un sitio para la crección del proyectado monumento en una de las colinas cercanas, y hace un año que el Presidente de la República removió la primera palada de tierra que representó el principio de la obra.

Las ceremonias que se llevaron a cabo en aquella ocasión fueron imponentes. Allí se hallaban reunidos desde el jefe del Estado hasta el más humilde de los ciudadanos de Nueva York, y muchos indios habían venido del lejano Oeste para concurrir a la inauguración de una obra que ha de perpetuar el valor de su raza.

En las delegaciones indias había veintidós caciques, que representaban muchas tribus, y ancianos que en más de una ocasión habían desafiado a los oficiales y soldados de los Estados Unidos. Unos y otros, con sus vistosos trajes, contribuyeron al lucimiento de la ceremonia.

Los indios contestaron al discurso presidencial con una hermosa declaración de lealtad que decía, entre otras cosas:

«Nosotros, los representantes de tribus indias, por virtud de nuestra presencia y de la parte que tomamos en las ceremonias de dedicación de este monumento en honor de nuestro pueblo, renovamos nuestra adhesión y lealtad a la gloriosa bandera de los

Estados Unidos, y de todo corazón ofrecemos nuestros servicios a nuestra patria. Aunque somos una raza conquistada, extendemos nuestra diestra con amor fraternal, con la izquierda sostenemos la pipa de paz, y aseguramos olvidar para siempre todos nuestros antiguos resentimientos, y proclamamos en alta voz a todas las naciones del mundo nuestra firme lealtad y pleito homenaje a esta nación.»

El magnífico monumento que conmemorará la vida del indio norteamericano se destacará imponente y majestuoso en uno de los lugares más notables del país, ofreciéndose a la contemplación de los pasajeros de todos los buques que entren y salgan de la bahía.

El donante concibió la idea de perpetuar la vida del indio, sus trajes y costumbres, etc., y para realizar esto, en relación con el monumento habrá un museo en el cual se exhibirán antigüedades diversas, interesantes reliquias, cuadros, objetos de alfarería, armas y otras curiosidades.

Las avenidas que conducirán al monumento y los jardines que deben rodearlo serán extensos y hermosos y ocuparán varios acres de terreno.

El monumento, propiamente dicho, se alzará de un edificio central con dos cuerpos de 35 pies de alto, que servirá de pedestal a la figura de un indio de 70 pies de altura. Esta figura será de bronce y representará un indio con el brazo derecho levantado mirando hacia la bahía de Nueva York, por la cual a todas horas pasan buques de las diferentes naciones del globo.

No es éste el único monumento erigido en honor de la raza india en los Estados Unidos de la América del Norte. Uno de los escultores más eminentes del país, el Sr. Ciro E. Dallin, describe el destino del indio norteamericano en una serie de cuatro estatuas admirablemente ejecutadas y que reproducimos en la página siguiente.

La primera, *El Símbolo de la Paz*, es una estatua ecuestre de tamaño colosal, que representa al indio en la época en que el hombre blanco efectuó la invasión. Con la diestra agarra la lanza, dispuesta con la punta hacia arriba, que entre los indios es el símbolo de la paz universal. Sus facciones son francas, expresivas y amables, como las de una persona que recibe a los extraños con una bienvenida fraternal. Esta estatua embellece ahora el Parque de Lincoln, en la ciudad de Chicago.

La segunda de la serie de estatuas indias de Dallin, *El Médico*, sacerdote y profeta de la tribu, previene a su pueblo, con la mano levantada, contra el pálido extranjero, y su semblante serio y triste demuestra que ve vagamente el destino indio. Esta hermosa estatua se destaca imponente en el famoso Fairmount Park, de Filadelfia.

En la tercera estatua de la serie, *La Protesta*, el escultor retrata al guerrero que, al fin, se convence de que la profecía del oráculo está a punto de convertirse en realidad y, en actitud de desafío, lanza el reto a su enemigo de raza blanca. Su puño cerrado, su actitud indómita, su fiera expresión, indican el infinito valor y espíritu invencible en su desesperada lucha contra el invasor.

La última estatua de la serie de Dallin, *Invocación al Gran Espíritu*, que obtuvo una medalla de oro en el Salón de París de 1909, representa el último y lastimoso vestigio de la raza india, despojado del derecho inherente que tenía a los ilimitados bosques y anchurosas praderas a través de los cuales peregrinaron libremente sus antepasados. Con el corazón despedazado, apela al Gran Espíritu de su pueblo para que salve lo poco que queda.

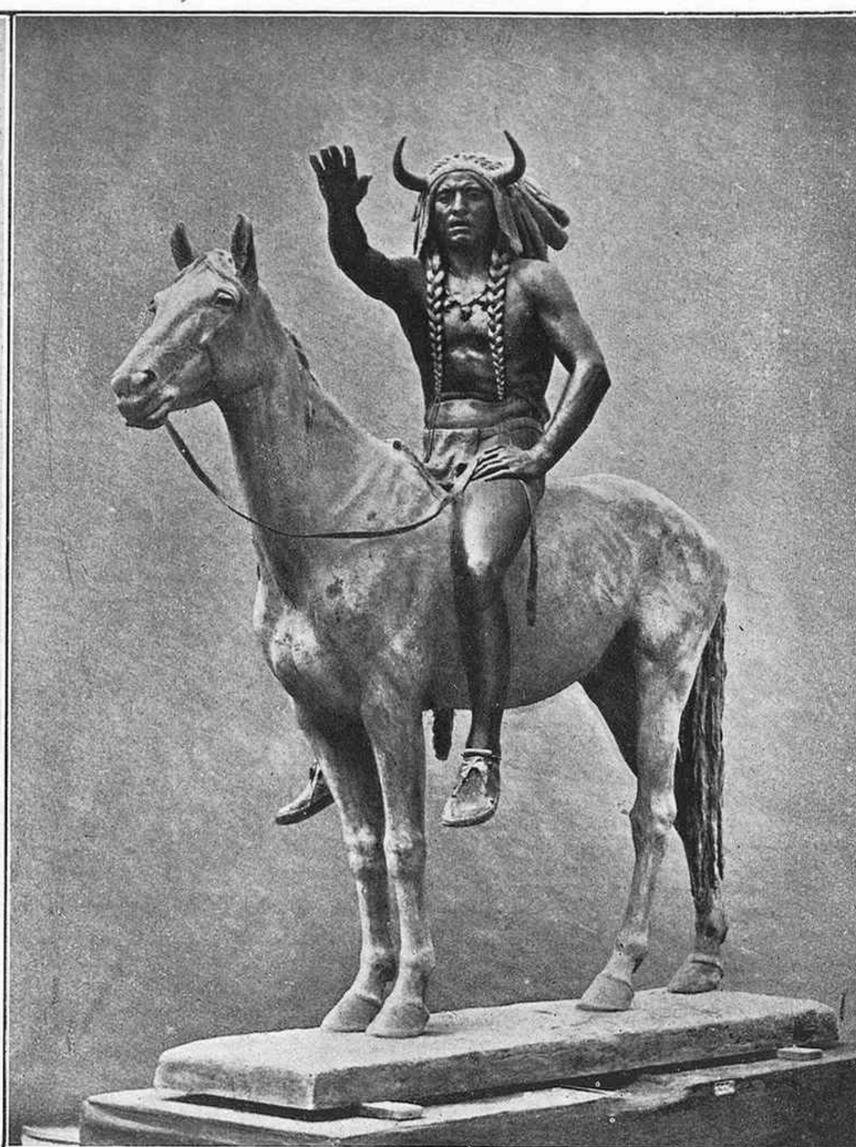
He aquí el apogeo y la decadencia del indio. Antes de que transcurra mucho tiempo, no será más que la sombra de un sueño. La civilización del hombre blanco ha vencido, y ahora, para perpetuar un pequeño vestigio de lo que el indio fué, no sólo se necesita el arte del pintor y del escultor, sino que se emplea también el cinematógrafo para reproducir de la manera más exacta posible las escenas que caracterizan su desaparición.

(Del «Boletín de la Unión Panamericana».)

SERIE DE ESTATUAS QUE REPRESENTAN EL DESTINO DEL INDIO NORTEAMERICANO
 OBRAS DEL EMINENTE ESCULTOR YANQUI MR. CIRO E. DALLIN



EL SÍMBOLO DE LA PAZ, primera estatua de la serie



EL MÉDICO, segunda estatua de la serie



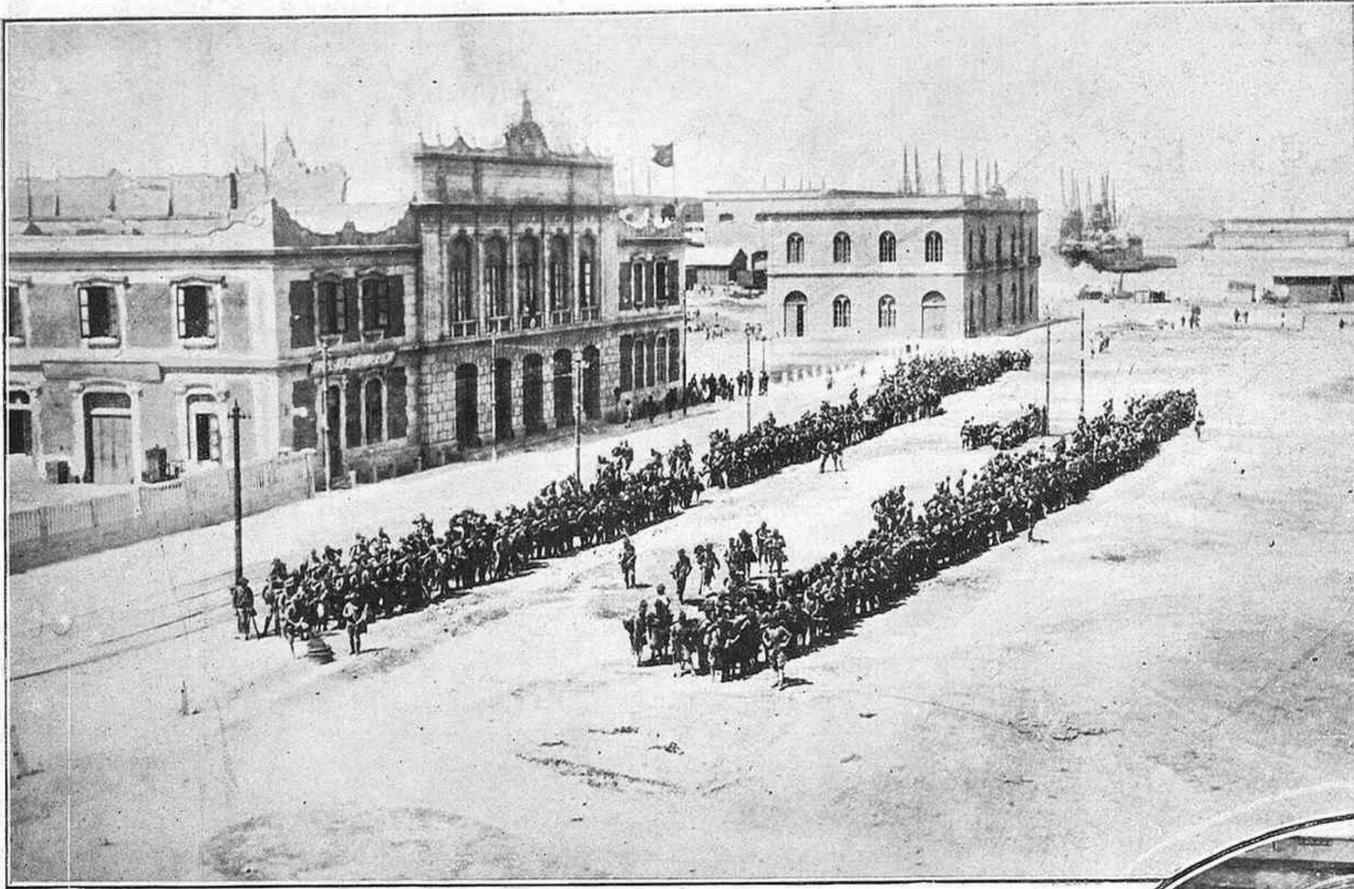
LA PROTESTA, tercera estatua de la serie



INVOCACIÓN AL GRAN ESPÍRITU, cuarta estatua de la serie

(Véase el artículo de la página anterior.)

MÉXICO. - EL CONFLICTO CON LOS ESTADOS UNIDOS. (Fotografías de Carlos Trampus y Harlingue.)



Cuartel general de las tropas norteamericanas en los muelles de Veracruz

Ha comenzado sus tareas en Niágara Falls la conferencia para resolver el conflicto entre los Estados Unidos y México, actuando como mediadores los representantes de estas dos potencias y los de Argentina, Brasil y Chile. Los constitucionalistas no han querido tomar parte en estas negociaciones, pretextando que ellos nada tienen que ver con las cuestiones pendientes entre el Gobierno de Washington y el presidente Huerta.

Diffícil es prever cuál será el resultado de la conferencia; pero, a juzgar por los términos en que el problema se halla planteado, preciso es convenir en que hay por ahora pocas probabilidades de que se llegue a un arreglo pacífico definitivo. La actitud de intransigencia en que se dice están colocadas las dos partes litigantes no es muy a propósito para inspirar esperanzas optimistas. El presidente Wilson ha declarado, según se dice, que el Gobierno yanqui no retirará sus tropas de Veracruz mientras no cesen los desórdenes en México, no se retire el general Huerta y no se implante en aquel país un Gobierno provisional; y el presidente Huerta, por su parte, impone como condiciones para llegar a una avenencia, la evacuación de Veracruz por los norteamericanos con la seguridad dada por los Estados Unidos de respetar la integridad del territorio mexicano; la concesión por los Estados Unidos de un empréstito de 2.000 millones de francos bajo la intervención de un comité compuesto de dos norteamericanos, dos mexicanos, un inglés, un alemán y un francés; y la abdicación de la presidencia de la República y convocación de elecciones para la elección de un presidente definitivo, sin que pueda ser elegido en un período de cinco años cuando menos, ninguno de los jefes revolucionarios actuales.

Como se ve, el arreglo sobre estas bases ha de ofrecer dificultades grandísimas; y aun suponiendo que a él se llegara, ¿qué eficacia tendría lo convenido en Niágara Falls no habiendo intervenido en las negociaciones los constitucionales y continuando, como continúan, ésta la lucha contra el general Huerta y obteniendo cada día, según las noticias que a Europa llegan, nuevas victorias sobre los federalistas?



Una de estas victorias más recientes ha sido la toma de Tampico, plaza de la que se apoderaron las fuerzas del general Villa después de terribles combates en los que hubo numerosísimas bajas por ambas partes. Y si hemos de dar crédito a los últimos telegramas, los constitucionalistas prosiguen en su avance y amenazan atacar en breve la propia capital.

Los yanquis, por su parte, no parecen por ahora dispuestos a evacuar Veracruz; muy al contrario, han establecido allí una administración y unas autoridades suyas, nombrando jefe superior civil al abogado Mr. Kerr, y han aumentado las fuerzas que efectuaron la ocupación de la ciudad. Además han destruído algunos fuertes, han adoptado varias medidas urbanas y han dictado otras disposiciones que indican el propósito de no moverse por ahora de aquella plaza.

Por otra parte el Gobierno de Washington continúa sus preparativos bélicos, y sus principales hombres de Estado, incluso el propio Presidente, no se recatan de decir que desean la paz, pero que se hallan apercebidos a todas las eventualidades.

En resumen, mientras los comisionados discuten en Niágara Falls, federales y constitucionalistas continúan luchando y los yanquis siguen procediendo de modo que en último resultado sean para ellos todas las ventajas.



La Academia Naval de Veracruz custodiada por soldados norteamericanos. - Las calles de Veracruz ocupadas militarmente por tropas norteamericanas



S. A. R. el Infante D. Fernando de Baviera y de Borbón y la Srta. Doña María Luisa Silva Bazán y Fernández de Henestrosa, cuya boda ha sido concertada recientemente y debidamente autorizada por S. M. el Rey. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

LA BODA DE S. A. R. EL INFANTE D. FERNANDO

Hace pocos días, los diarios de la corte se hicieron eco de los rumores que circulaban entre la aristocracia referentes al próximo matrimonio de S. A. R. el Infante D. Fernando de Baviera y de Borbón, viudo de la malograda infanta Doña María Teresa, con la ilustre señorita Doña María Luisa Silva Bazán Fernández de Henestrosa. La noticia ha sido recientemente confirmada en Palacio por medio de la siguiente nota que por deseo expreso de D. Alfonso XIII se facilitó a la prensa:

«Ante la notificación a S. M. el Rey, hecha por S. A. R. el Infante D. Fernando de sus propósitos de contraer matrimonio con la señorita Doña Luisa Silva Bazán y Fernández de Henestrosa, el augusta Soberano ha dado su consentimiento, cesando por consiguiente dicha señorita en el cargo que desempeña cerca de S. M. la Reina Doña María Cristina.»

La señorita Silva, que el mismo día presentó la renuncia de su cargo de dama particular de S. M. la Reina Doña María Cristina, está dotada de grandes virtudes y de inteligencia y cultura unánimemente reconocidas y pertenece a una de las casas de más preclara estirpe de la antigua nobleza española; figura en la Orden de Damas Nobles de María Luisa y goza de generales simpatías en la sociedad madrileña.

Es hija de D. Luis de Silva y Fernández de Córdoba, conde de Pie de Concha, primer introductor de embajadores y distinguido diplomático, y de la finada Doña María de los Dolores

Fernández de Henestrosa y Fernández de Córdoba, y nieta de los duques de Medinaceli.

No es éste el primer caso de una persona de familia aristocrática que contrae nupcias con un príncipe o infante. Recientes están, en las familias reales de las cortes europeas, los enlaces de los duques de Fife y de Argyl y del archiduque heredero de Austria, y en España los del infante D. Enrique, del duque de Sessa y de los Sres. Gurovosky y Güell y Renté.

La boda se celebrará probablemente en octubre, cuando hayan transcurrido los dos años de la muerte de la infanta Doña María Teresa, y se asegura que a la señorita Silva le será concedido un título del Reino, ignorándose aún las prerrogativas que puedan corresponderle como esposa de un individuo perteneciente a la Real familia.

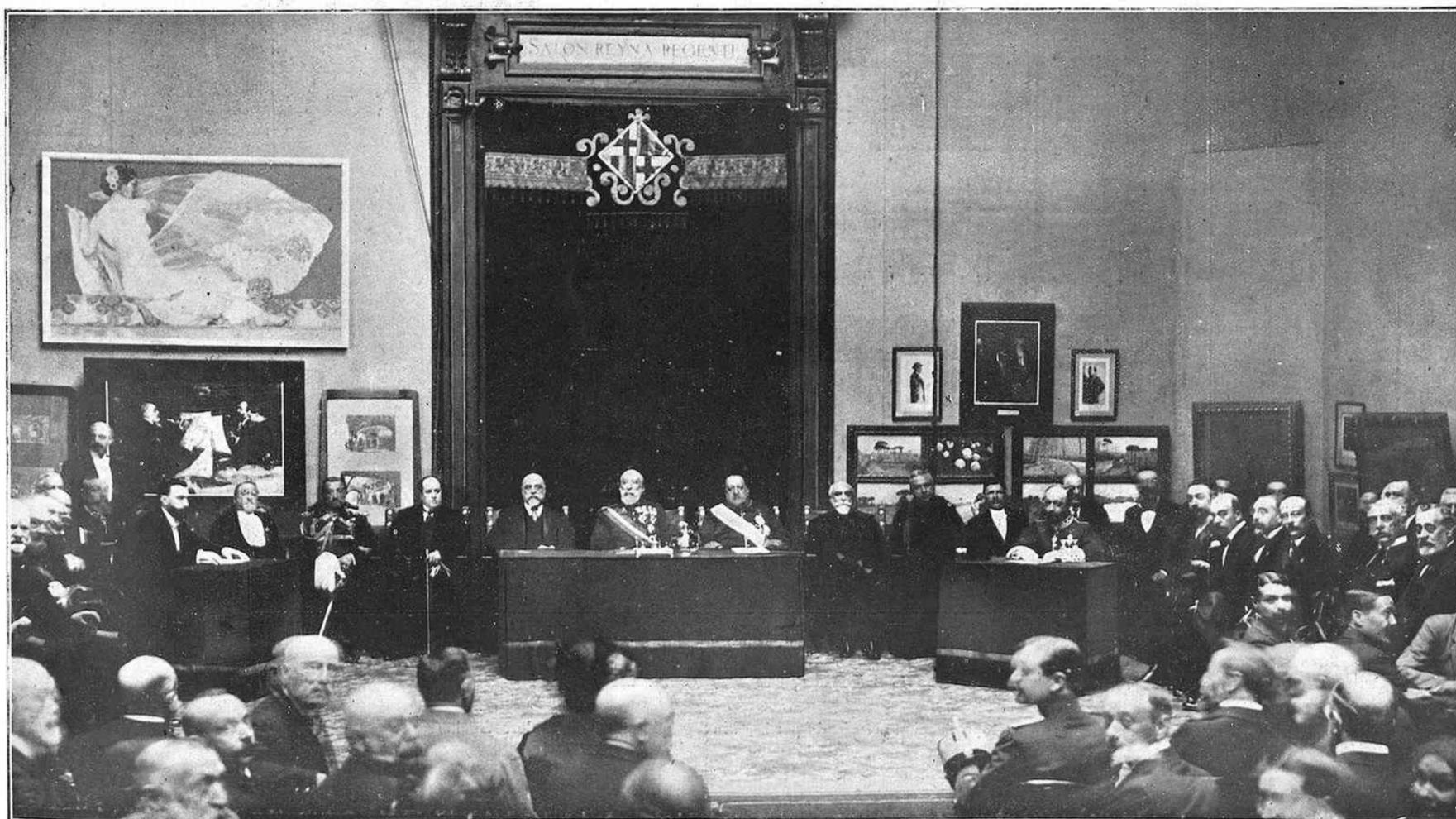
La resolución del monarca autorizando la boda ha sido muy bien acogida en todos los círculos aristocráticos y unánimemente elogiada, pues con ella se evidencia una vez más la alteza de miras con que procede siempre Su Majestad.

BARCELONA. - II CONGRESO NACIONAL DE LA PROPIEDAD URBANA

Con gran solemnidad efectuóse el día 18 del actual la inauguración del II Congreso Nacional de la Propiedad Urbana que se ha reunido en esta ciudad y al cual han concurrido ilustres representantes de todas las Cámaras oficiales de la Pro-

piedad españolas. El acto se celebró en el Salón Reina Regente del Palacio de Bellas Artes, fué presidido por el Excelentísimo capitán general Sr. Villar y Villate, en representación de S. M. el Rey, y a él asistieron el Excmo. gobernador civil Sr. Andrade, el alcalde accidental Sr. Pich y representantes del Presidente de la Audiencia, de la Diputación provincial, del Cabildo y de las más importantes corporaciones y sociedades de esta ciudad. Abierta la sesión por el general Villar, el secretario Sr. Mendoza leyó una interesante memoria explicativa de los trabajos realizados por la comisión y de los nombramientos acordados en la sesión preparatoria.

El Sr. Sarracibar y el Sr. Marqués de Soto Hermoso, representante en Madrid y Presidente de la Cámara de la Propiedad de Barcelona respectivamente, pronunciaron sentidos discursos de salutación a los congresistas y de encomio para nuestro monarca. A continuación habló el Sr. Andrade asociándose, en nombre del Gobierno, a las tareas del Congreso, exponiendo su concepto de la política y excitando a los propietarios a intervenir en ella de un modo decisivo. Cerró los discursos con uno elocuentísimo el exministro Sr. Sánchez Román, presidente del Congreso, quien dedicó grandes elogios a S. M., felicitó al Gobierno y a la Cámara de la Propiedad de Barcelona organizadora del Congreso, ensalzó las bellezas de nuestra ciudad, hizo acertadísimas consideraciones sobre la propiedad urbana y señaló la misión que el Congreso ha de realizar. Todos los discursos fueron muy aplaudidos.



Barcelona.-Sesión inaugural del II Congreso Nacional de la Propiedad Urbana celebrado bajo la presidencia del Excmo. Sr. capitán general Sr. Villar y Villate, en representación de S. M. el Rey. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



EL DEBUT, cuadro de N. Michailoff

(Reproducción autorizada por la «Photographische Union» de Múnich.)



MADONNA, cuadro de Héctor Cercone. (Galería de Arte Moderno en Roma.)

(De fotografía de Vasari, remitida por Carlos Abeniacar.)

MARRUECOS. - NUEVOS AVANCES

DE LAS TROPAS FRANCESAS Y ESPAÑOLAS

Dos sucesos de gran importancia se han realizado últimamente en Marruecos: la toma de Taza por los franceses y la ocupación de los montes Ziata por los españoles.

Después de una serie de operaciones preliminares la columna del general Gouraud abandonó su cam-



Marroquíes examinando un cañón de montaña de la artillería de la columna Gouraud

pamento de Bu-Sbelú y se apoderó de Dar el Hadjani, poniendo en fuga al Roghi y a sus gentes. En los siguientes días aquellas fuerzas hubieron de vencer la enérgica resistencia de los Tsuls que se habían hecho fuertes en la cordillera casi inexpugnable de Tfazza, consiguiendo el día 10 en pocas horas y tras empeñadísimos combates, desalojar al enemigo de sus posiciones y ocupar todas las montañas. Aquella noche toda la columna acampaba en el río Amlil, a menos de 15 kilómetros de Taza.

Aquel mismo día, las tropas de la región oriental, mandadas por el general Baumgarten entraron en Taza. Los indígenas, sorprendidos por la rapidez del avance, apenas opusieron resistencia a los franceses, y únicamente los Beni Uyam, emboscados en las huertas de las inmediaciones de la ciudad, se defendieron enérgicamente. Fueron, sin embargo, derrotados después de un corto combate retirándose en precipitada fuga y dejando libre el camino a la columna que entró en la plaza con el ceremonial militar de costumbre e izó en ella la bandera tricolor.

El día 11, los Tsuls, que habían recibido grandes y valiosísimos refuerzos de los Riatas, hicieron fuertes en otras posiciones al Este de la cordillera de Tfazza y atacaron con gran bravura a las tropas del



El general Lyautey disponiéndose a subir a un automóvil para reunirse con las fuerzas de la columna Gouraud. (De fotografías de M. Rol.)

general Gouraud; pero fueron derrotados con grandes pérdidas, quedando desde aquel momento aseguradas las comunicaciones entre aquella columna y la del general Baumgarten. Cinco días después efectuábase la unión de las dos columnas en Mejnassa-Thatania, en presencia del general Lyautey, comisario general de Francia en Marruecos, que se había agregado a las fuerzas de Gouraud.

La posesión de Taza significa para los franceses un gran avance en la obra de pacificación de Marruecos oriental y la posibilidad de comunicar directamente aquella parte del imperio con Argelia y de establecer un tráfico regular entre la provincia de Orán y la región de Fez.

De mucha importancia y trascendencia ha sido también la operación realizada por las fuerzas españolas de Melilla el día 14 del actual.

Desde hacía unos días, la sección de campaña del teniente coronel Sr. Souza tenía preparado un movimiento de ocupación de las posiciones de la sierra de Ziata que dominan la llanura de Garet y el valle del Zubia en el límite oriental de nuestra zona de influencia. Al efecto, y pretextando unas maniobras, fueron acumulándose fuerzas en las posiciones de Zeluán y el Zaio hasta quedar reunidos los elementos de combate formados por las brigadas Moltó y Aizpuru y las tropas de policía indígena.

A las dos y media de la madrugada, el general Jordana salió de Melilla en automóvil y al llegar a Zeluán montó a caballo, dirigiéndose a la posición Nebs y dando allí orden de avance a las tropas de

la policía indígena. Sucesivamente fueron ocupadas las posiciones del monte Karns-Sbak, los puertos de Sidi-Sadik y Tenia Museaten, las colinas de Amesse, Karns-Sback, las alturas de Gaezul, la Garra del León y otras no menos importantes.

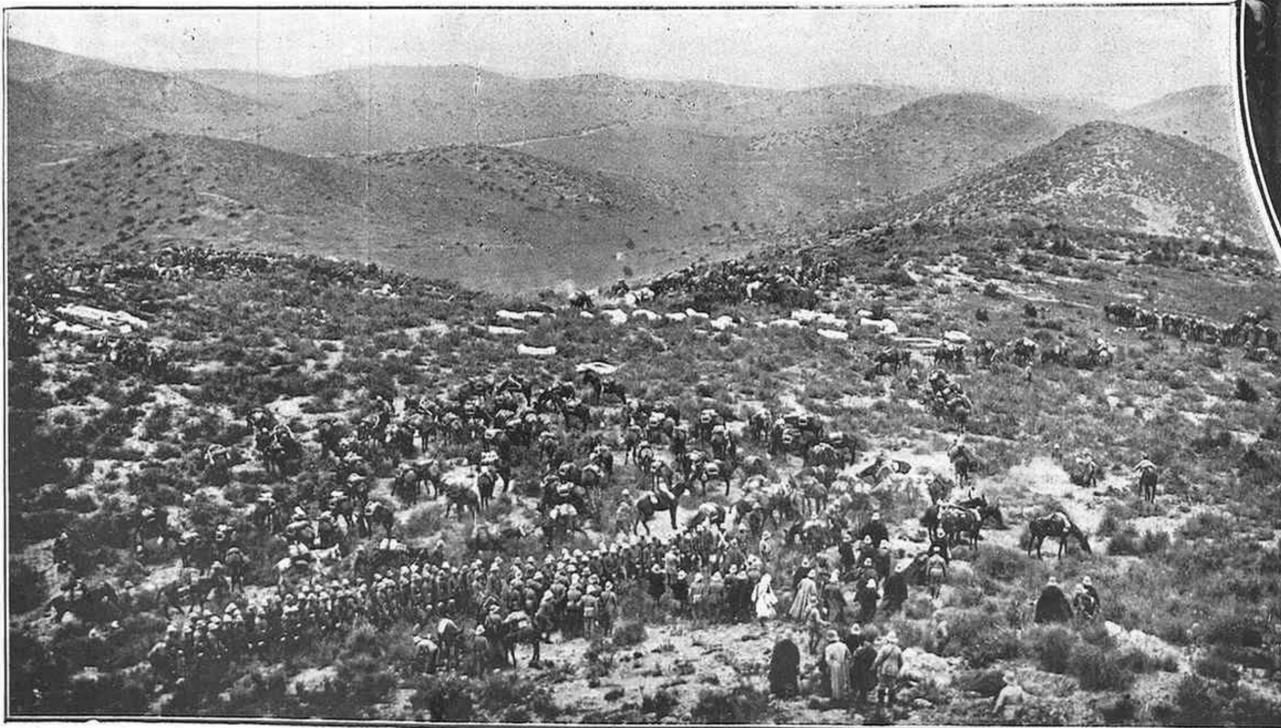
Debido a la gran niebla que reinaba, los rebeldes no se enteraron de la operación, que se realizó como si se hubiese tratado de unas maniobras, sin disparar un solo tiro.

A las cuatro de la tarde quedaron fortificadas las nuevas posiciones, dando entonces el general Jordana la orden de retirarse las tropas, cuyo comportamiento en aquella jornada penosísima, de noche y con lluvia, ha merecido los más entusiastas elogios del comandante general.

El general Jordana considera las posiciones nuevamente ocupadas de gran importancia desde los puntos de vista militar, comercial y político; entre otras muchas ventajas que su posesión ha de reportar a la acción española en Marruecos, figuran en



El general Jordana y su Estado Mayor en el picacho del monte Amesse examinando la extensa llanura del Zebra y los montes de Hassi-Barkane, ocupados por nuestras tropas. (De fotografías de Lázaro.)



Vista del puerto Museaten, ocupado por las tropas españolas

término principal la de que abren paso al ferrocarril que ha de tenderse necesariamente para la conservación de la zona comercial de Melilla y la de permitir llegar sin dificultades al límite de nuestra zona de influencia.

LA VICTORIA

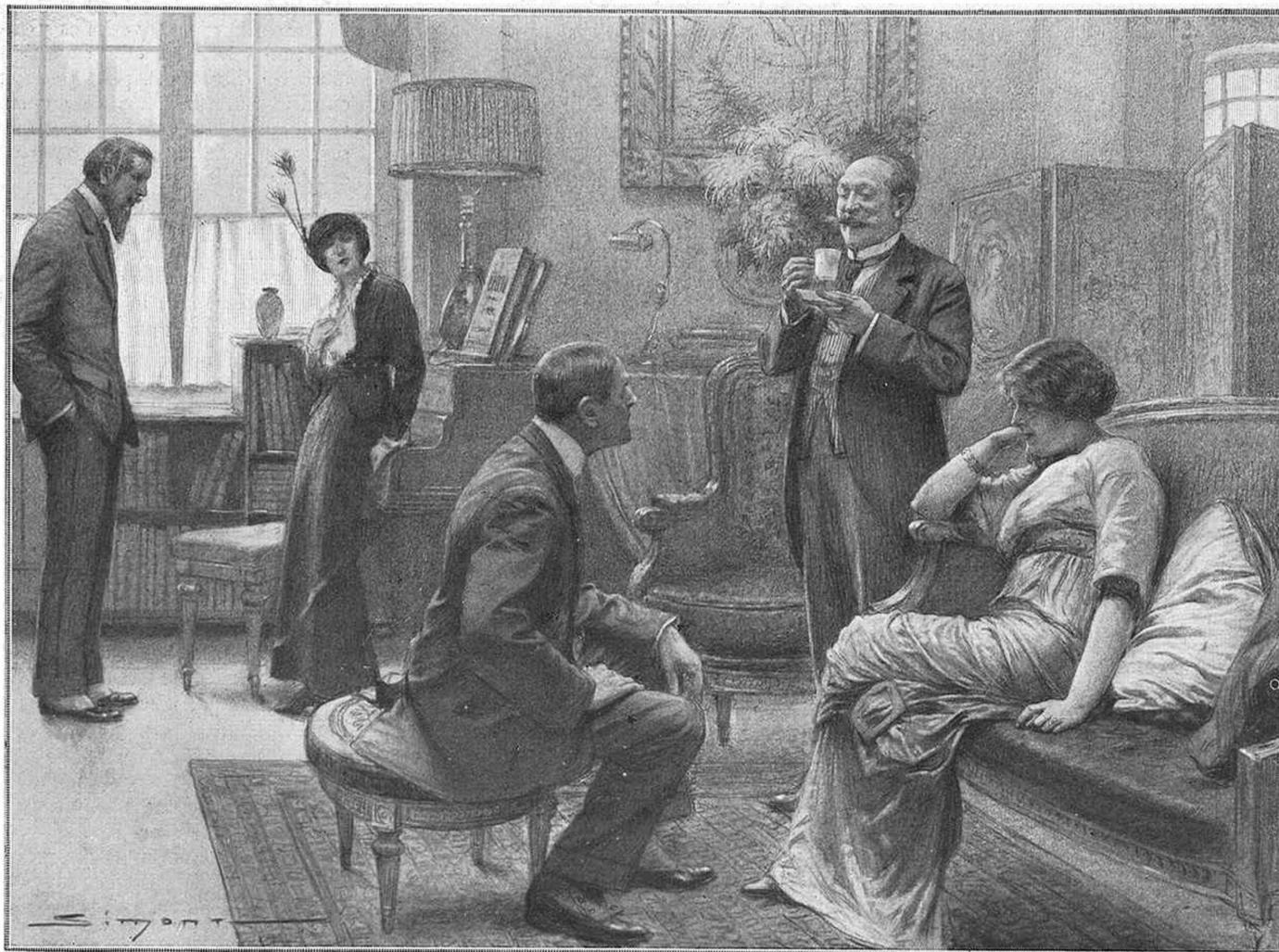
NOVELA ORIGINAL DE PABLO ACKER. - ILUSTRACIONES DE SIMONT

I

En una atmósfera pesada, por la que subían lentas columnas de humo, sonaron las doce en Cour-

ron ante una mesa de hierro, colocada en la acera, resguardados del viento por una cortina. Detrás de ellos el muelle subía hasta la Avenida de la Defensa. El Sena deslizábase tranquilo, sin ondas, reflejan-

- Hace cuatro años que trabajamos juntos en casa de los hermanos Breugueux; primero en el banco de ensayo de los motores, después en el taller de montaje, luego en los mitines de aviación, cargados con



Yo quiero, con un aeroplano de forma especial, realizar algo maravilloso

bevoie, repetidas y prolongadas por una campana, al través del taller de los hermanos Breugueux. El tropel de obreros se desherramó en el inmenso patio, atestado de carrmatos automóviles. Muy de prisa y maquinalmente alineados, en una doble y apretada fila, franqueaban la verja, con una apostura casi militar.

Allí, separábanse, marchando a un paso igual, sobre la acera hundida del muelle, solos, o de dos en dos, o de tres en tres; hablándose apenas, las mujeres con las mujeres, y los hombres con los hombres. El gollete de una botella asomaba por un bolsillo, un pedazo de pan hinchaba una chaqueta. Habíanse dispersado ya, cuando salieron dos jóvenes, con sus chaquetas azules algo manchadas de aceite y de grasa.

- ¿En dónde almuerzas, Rouard?, preguntó el más bajo de ellos, un joven vigoroso, de rostro pálido y completamente afeitado.

Rouard liaba un cigarrillo, con sus dedos amarillentos por el tabaco. Era delgado, con unos ojillos muy vivos, bajo un arco ciliar muy saliente; tenía las mejillas hundidas, y un ralo bigote castaño, cuyas guías caían lánguidas en las comisuras de los labios; le faltaban tres dientes, en el centro de la mandíbula superior.

- En donde siempre, en casa de Sirot.

Rouard encendió su cigarrillo.

- Te convidó, Crayán.

- Al contrario, yo soy el que te convida a ti.

Terminaba el mes de abril con un calor extraordinario e insoportable. Ambos dirigieron apresuradamente hacia el puente de Neuilly.

Grandes nubarrones amontonábanse, y un viento borrascoso levantaba un polvillo blanco sobre la carretera, a la que, apenas prestaban sombra, algunos plátanos inclinados hacia las orillas del Sena.

En casa de Sirot, se bebía, en torno del mostrador, jugando al zanzibar. Los dos jóvenes se senta-

do en sus aguas los árboles frondosos de la isla de Puteaux, completamente desierta a aquella hora. Ambos, pidieron al almuerzo, a base de salchichón, navarine con patatas, una ensalada, queso y un litro de vino tinto, y empezaron a comer muy de prisa, como hombres que tienen hambre.

Rouard se desabrochó la chaqueta.

- ¡Dios mío, qué calor hace!

La manga de su brazo derecho dejaba al descubierto, tatuado en la muñeca, dos dedos entrelazados, un corazón atravesado por una flecha y entre un fusil y una espada un casco de corcho, recuerdo de su época de servicio en la infantería colonial.

Crayán, cuyo plato estaba ya vacío, miraba adonde se vaguedad. Su cuerpo robusto y su huesudo rostro, cuya barbilla avanzaba brutalmente, revelaban una gran energía nerviosa. En aquel momento sus ojos azules, inmóviles, velábanse en una nube de ensueño.

- ¿En qué piensas?, preguntó Rouard.

Crayán volvióse a mirar a su compañero.

- El sábado dejo la jaula. Esta es mi última semana.

- ¡Ah!, exclamó Rouard, a quien esta noticia pareció interesarle muy poco.

Sin embargo, le preguntó:

- ¿Adónde te vas?

- A ninguna parte.

- ¡Ah!, repitió Rouard, pero esta vez ligeramente sorprendido.

- O mejor dicho, repitió Crayán, me marchó.

- ¿Al extranjero?

- No, no tan lejos; a Picardía.

Y bruscamente, añadió Crayán:

- Vente conmigo.

Rouard hizo un gesto de desagrado.

- ¿A Picardía?

Crayán acercó su silla a la mesa y, apartando el plato, apoyó los codos en ella.

los útiles necesarios para verificar los aparatos de la casa. Juntos hemos sufrido nuestro examen de piloto, pero hasta ahora no hemos pasado el examen de nuestro gusto. Tú sabes que me llamo más que Crayán, nos tuteamos, habitamos en Neuilly en dos habitaciones contiguas; pero, ¿qué es lo que sabes tú de mí? Nada, ¿no es eso?

- ¡Oh!, ¡oh!, exclamó Rouard, con un poco de ironía, lanzando una bocanada de humo.

- Dime, insistió Crayán, ¿qué es lo que tú sabes de mí?

Rouard atusó el bigote.

- Cuando llegaste al taller, tú tenías las manos muy finas, y en seguida pensé que eras algún hijo de familia... que habías hecho alguna tontería...

- ¡Tonterías! No... Aunque mi madre pretende que sí..., sin embargo, yo estoy seguro de que no he hecho ninguna.

- El caso es, añadió Rouard, que tú no eres un obrero. En cuanto te vi no me cupo la menor duda; pero después no he vuelto a pensar en ello. ¡Si uno tuviese que ocuparse en todas estas cosas!

- No te has equivocado. Soy un burgués rico. Mi difunto padre ha dejado a mi madre una gran fortuna, heredada de su padre y aumentada por él en la Bolsa. Mi hermano mayor, cuando no juega al *tennis* con las jóvenes, o al *bridge* con las señoras mayores, compone música. Pero yo siento una imperiosa necesidad de hacer algo, de ser útil, y hasta de arriesgar mi vida. ¡Antes que vivir como mi hermano, prefiero la muerte! De niño no me apasionaban más que la mecánica y las ciencias, en los colegios de París me consumía de fastidio, y mi familia me envió a uno de provincias en medio del campo, cerca de Ruán, en donde recibí una educación inteligente..., a la moderna... ¡Allí estaba yo contento!.. Me presenté en la Escuela central... con un éxito brillante, pero en seguida hice dimisión... ¡No me gustaba ser ingeniero, sin haber sido antes mecánico!

Crayán se calló de pronto.

— ¿Te fastidió?

— No.

Y continuó a guisa de excusa:

— Es preciso que yo te cuente...

— Y tu madre y tu hermano, ¿qué pensaron de todo esto?, preguntó Rouard intrigado. ¿Habrán puesto el grito en el cielo, eh? ¡O te habrán tomado por loco!

— Después de cumplir los dos años del servicio militar, continuó Crayán sin responder a la pregunta de su camarada, me encontré sin saber qué hacer. Entonces, partí para el Canadá, en donde creí que podría llevar una existencia conforme a mis gustos. Cierta día, un francés que encontré allí dióme un periódico de París, cuya fecha databa ya de quince días. Lo leí; Bleriot había atravesado el canal de la Mancha. ¿Te imaginas tú lo que yo sentí leyendo aquellas líneas? Aquel hombre, a pesar de estar casi arruinado, por tantas pruebas desdichadas, hasta herido en sus últimas tentativas, no cejaba en su empeño. En cuanto apenas pueden sostenerle las piernas, hace que le suban a su aparato y echa a volar. De pronto, nadie sabe nada de él: ha desaparecido. La tripulación del torpedero que tiene la misión de escoltarlo, lo cree perdido en el mar; pero Bleriot aterriza en las desiertas rocas de la costa inglesa.

«¡Qué maravilloso ejemplo de tranquila y serena audacia, qué admirable lección de tenacidad; y qué dominio, tan infinito, por tanto tiempo inaccesible! ¡la vasta inmensidad del cielo, abierta ya desde hoy, a los esfuerzos victoriosos del hombre! ¡Ahí está lo porvenir! ¡Ahí es, a donde debía tender, toda la ligera energía de los jóvenes franceses! ¡Para qué detenerse en el Canadá, enterrado bajo la nieve, en donde tal vez hubiera podido amontonar mucho oro, pero en donde mi trabajo no aprovecharía más que a mí mismo? Me embarqué para regresar a mi patria ¡Ah! ¡tuve razón al no querer ingresar en la escuela! Fue entonces cuando entré en el taller de los Breugueux.

— ¿Y por qué te marchas ahora?

Rouard volvió a llevar la conversación a su verdadero terreno.

El joven había escuchado atentamente las confidencias de Crayán. Nacido en la Chapelle, hijo de un ajustador de la Compañía del Norte y cuya madre a pesar de tener cuatro hijos aun encontraba tiempo para servir de asistente en algunas casas, instruido primero por los Hermanos, y después en la escuela laica, educado un poco en el hogar doméstico y mucho en la calle, poseía un espíritu ágil y desperto, que, hecho a la agitación y continua variedad de París, había aprendido pronto a no admirarse de nada.

A los dieciocho años, harto de estar encarcelado todo el día entre los cuatro muros del taller de una fábrica de automóviles y cediendo a una imperiosa necesidad de aventuras, que los libros desarrollaban, alistóse en la infantería colonial. Al menos así, vería países nuevos, cielos desconocidos, costumbres salvajes, y sin duda se batiría también. Entonces si la suerte le era propicia, ganaría grados, ora en Africa, ora en Asia. Quiso la suerte que su batallón estuviese tres años en Cherburgo. Irritado por la disciplina, exasperado por aquella vida monótona de guarnición que restringía su libertad a cada paso, echando de menos a París y sus costumbres fáciles: los domingos en el Bosque o en los alrededores; las noches de teatro, o de café concierto, Rouard, apresuróse a volver en cuanto terminó el servicio. Amaba todo lo nuevo, y se presentó entonces, en casa de los Breugueux, grandes constructores de monoplanos, que lo admitieron en seguida.

— Ahora, declaró Crayán, abandono la fábrica porque poseo bien mi oficio.

Un obrero tambaleábase en la carretera; su mujer y su hijo le seguían, la mujer, resignada; el niño, con los puños en los ojos y llorando. Llamó a otro obrero y vacilante, le abrumó con protestas afectuosas. La mujer esperaba con las manos en los bolsillos de su delantal, hasta que excitada por los lloros del chico, le atizó una bofetada.

— Se ve que hoy es lunes, dijo Rouard divertido,

Crayán, distraído por un instante, miró al hombre, a la mujer, y al niño, y después a Rouard.

— Tengo una idea. Los aeroplanos actuales, son demasiado complicados, demasiado frágiles, y demasiado rápidos también. Yo quisiera construir un aparato sencillo, sólido, sin madera y sin tela, y que no haga más de setenta kilómetros por hora... Pero esto no es nada..., es muy fácil..., todo el plan está ya trazado. Lo que yo quiero es, poder, con este aparato por medio de cierto mecanismo, sostenerme inmóvil. Desde hace cuatro meses, que todas las noches, en mi cuarto de Neuilly, inquiero, busco, y quizás ya he encontrado algo... Superficies portantes agranda-

das..., una doble hélice..., ya te lo explicaré más tarde. Entonces, como tú comprenderás, no habrá más muertos ni más heridos. El cielo, conquistado realmente..., un invento prodigioso y que al mismo tiempo es útil a la humanidad.

Crayán exaltábase.

— No te quedas corto, exclamó Rouard.

Crayán sonrió con indulgencia.

— ¿Crees que es imposible?

— Imposible, imposible..., ¿puede decirse eso hoy?

Pero lo más seguro es que te rompas los huesos.

— No importa, respondió Crayán. De todas maneras vale la pena de matarse.

Y se calló; también Rouard permanecía silencioso. El mozo del restaurante hacía la cuenta en un pedazo de papel; Crayán la pagó e inclinóse después hacia Rouard.

— ¿Quieres ayudarme?

— ¿Yo?

— Tú, sí. Hace ya tiempo que trabajamos juntos; y somos amigos. Tú fuiste el mecánico de Lenoir, el piloto de los Breugeux, que en El Cairo, en Lille, y en Roma, se llevó todos los premios; tenía él tanta confianza en ti, que nunca examinaba su aparato antes de subir. Yo necesito un hombre en quien pueda depositar la misma confianza.

— Pero ¿por qué te vas a Picardía? Me parece que en París o en sus alrededores...

— He heredado de una tía, de mi madrina, además de una modesta fortuna, una casucha entre Amiens y Abbeville, en el Catois, cerca de un gran campo, que utilizaré para mis experiencias. Allí estaré en la más absoluta soledad; nada ni nadie podrá molestarte.

Rouard reflexionaba.

— ¿Está lejos de París ese chamizo?

— A hora y media de ferrocarril.

— ¿De modo que podrá uno escaparse a París los domingos?

— Si tú quieres...

Crayán veía todavía vacilante.

— ¿Cuánto ganas al mes en casa de los Breugeux?

— Trescientos francos.

— Yo te daré quinientos... Nada te retiene en París..., no estás casado...

Rouard bajó la cabeza.

— Es verdad, no estoy casado..., pero...

Pensativo, atusábase el bigote. Por fin, dijo:

— Bien, no me disgusta... Pronto vendrá el verano... Así me daré el lujo de veranear.

— ¡Ah!, pero voy a advertirte una cosa, exclamó Crayán; no te traigas a ninguna mujer. La mujer es el enemigo.

Al decir estas palabras, su rostro adquirió cierta expresión de maldad. Existía en su pasado una historia en la que pensaba muy pocas veces, pero que al recordarla por casualidad, llenábase de una fría cólera. Joven, ingenuo, y habiéndose librado hasta el instante de su entrada en el servicio, gracias al ejercicio de los *sports* de esas ligerezas en donde la juventud derrocha a menudo con sus fuerzas los tesoros del corazón; durante su servicio militar enamoróse locamente de una mujer. Esta mujer, envuelta en una vida de corrupción, supo aparecer ante sus ojos como una víctima de las terribles necesidades cotidianas, pero con un alma que se conservaba pura.

Esto; no le fué muy difícil; bonita, coqueta y perversa, fué la primera mujer que él halló en su camino y la amó con la cándida vehemencia de los veinte años. Hasta quiso casarse con ella, impulsado por un deseo idealista de redención. Por fin, al arrancar la realidad la venda de sus ojos, pudo sacudir el yugo, al derrumbarse sus ilusiones. Pero de aquella aventura, en donde toda su vida estuvo a punto de naufragar, conservó el íntimo e inquieto conocimiento de sí mismo, de todos los ardores secretos que llevaba en la sangre, prontos a incendiarla; y por una generalización transformada en principio, el horror a las mujeres. Todas eran igualmente peligrosas, y los hombres que quieren realizar algo en el mundo, debían huir de la mujer, sobre todo él, que había tenido la experiencia de su propia debilidad.

— ¡Enemiga la mujer!, exclamó Rouard.

Y miró a su camarada entre asombrado y risueño.

— ¡Bah!, dijo en tono conciliador, ¡como que vendremos a París!

Un viento fuerte, que barría la carretera, sacudió el toldo del restaurante, y empezaron a caer gruesas gotas.

— ¡Ya está aquí el chaparrón!, dijo Rouard, volvamos al taller, que ya es hora.

Con el cuello de la chaqueta levantado, iban rozando las paredes para evitar la lluvia.

— Mañana nos iremos al Catois, dijo Crayán.

— Bien, repuso Rouard en tono de aquiescencia.

II

La señora de Crayán vivía con su hijo mayor, que se llamaba Pedro, en la calle de Fortuny, en un hotel de dos pisos, construido por su suegro. Allí llevaban ambos esa existencia agitada y vacía, que llevan en París la mayor parte de los burgueses ricos, que no distraen el tedio de sus días, sino con innumerables ocupaciones mundanas.

Mientras vivió el Sr. Crayán, vigilaba la gerencia de los inmuebles de su propiedad; jugaba en la Bolsa con prudencia y con suerte, coleccionaba, guiado por las interesadas indicaciones de un chamarilero, cuadros modernos que no le gustaban, pero que valíanle la reputación de un aficionado audaz; y por la tarde, siguiendo la antigua costumbre, iba a su Círculo para saber las novedades y quejarse del Gobierno. No mal parecido, con su alta estatura y su rostro lleno de distinción, pero poco expresivo, y que encuadraba una barba canosa cortada en abanico, llevaba, tanto en verano como en invierno, polainas grises, que le daban cierto aspecto anticuado del cual estaba orgulloso.

La señora de Crayán, que tenía cinco años menos que su marido, no confesaba más que cuarenta y ocho. La muerte del Sr. Crayán, acaecida cuatro años antes, no alteró en nada su carácter.

A los cincuenta años, una mujer en París, no renuncia ni a la elegancia ni a los placeres. Terminado el luto; la señora de Crayán, que conservaba aún algunos restos de su antigua belleza, volvió otra vez a vestirse a la última moda y a no faltar a ninguna fiesta, Rubia, naturalmente en sus años juveniles, y continuando siéndolo, gracias al artificio de un tinte; algo gruesa — lo que la desesperaba en una época en que una mujer elegante debe ser delgada —, tenía facciones finas en un rostro abultado, con ojos que no habían podido considerar nunca gravemente la vida, boca risueña y dientes pequeños y deslumbradores que eran muy suyos.

La señora de Crayán salía mucho, asistiendo a todos los *tes*, a todos los *bridges*, a todas las comidas, y recorriendo todas las exposiciones y teatros.

Dos días por semana, el miércoles y el sábado, de cinco a siete, el gran salón del primer piso que daba al comedor en donde se servía el *te*, iluminábase y cubríase de flores en obsequio de sus amigas, las amigas de sus amigas y los amigos de su hijo.

Sentada en una poltrona, al lado de un velador de marquetería encima del cual veíase siempre la última novela más en boga, la señora de Crayán reunía en torno de ella, un círculo de mujeres bonitas y de hombres ociosos. Vanagloriábase de tener ingenio y, en efecto, lo tenía; pronta siempre a apoderarse del lado ridículo de las cosas, y a definir en una frase a la gente, pero no podía exigirse más de ella.

También jactábase de saber apreciar las bellas artes. Después de haber tenido un esposo coleccionista, ¿no era también acaso músico su primogénito Pedro, un muchacho larguirucho, que había crecido con excesiva rapidez, con los brazos muy largos, el cuello muy largo, la barba muy larga, y que componía sobre piezas sentimentales, una música lánguida, que cantaba él mismo por cierto con una voz muy agradable? Aquel hijo era su mayor orgullo. Gustaba como ella de la sociedad, y a más pasaba por ser un artista. Hacía un año, que declinó al oído, por de manera que nadie lo ignorase, que estaba escribiendo una comedia lírica, obra misteriosa, de la cual, ni la misma señora de Crayán conocía una frase, a pesar de lo cual, creíala destinada a obtener un éxito clamoroso.

No dejaba de querer también a su segundo hijo Andrés, aunque éste la desconcertaba al mismo tiempo que la llenaba de tristeza. Ella solía decir en su defensa, siempre que se hablaba de él, que siempre había habido en la familia, en cada generación, una mala cabeza. ¡Qué idea tan rara la suya, sobre todo en un joven, a quien nadie obligaba a ejercer una profesión, la de querer entrar en la Escuela Central!

Sin embargo, inteligente y trabajador, una vez terminados los años de escuela, podía crearse una magnífica situación en los negocios. Así lo había hecho, por ejemplo, el amigo de los Crayán, Gastón Le Dorat, ingeniero de la Compañía del Norte; descubrió de pronto a un individuo pobre, recién llegado de provincias, que acababa de transformar en motor rotativo el motor explosivo de las turbinas de gas, pero que no podía sacar ningún provecho de su invento, por falta de apoyo y de dinero.

Le Dorat reunió el capital necesario, constituyó una sociedad para explotar la patente, y abandonando el servicio técnico, se consagró desde entonces, con un continuo éxito, a empresas de aquel género. Andrés al contrario, entraba en un taller en calidad de obrero. ¿Podía decirseles esto a los jugadores de *bridge*, y a los maldicientes que frecuentaban sus sa-

lones los miércoles y los sábados? Cuando una mujer pregunta, «¿Qué hace su hijo Andrés?», no es nada halagador el tener que contestarla: «Está en casa de los Breugeux, en el taller de montaje de los motores».

¿Qué malévolos jugarreta del destino les había dado a los Crayán dos hijos tan distintos: Pedro, *diletanti*, sensible a los refinamientos del lujo, encantado de los frívolos aplausos que obtenía con sus composiciones, en la sociedad, y Andrés, despreciándola, soñador y ardiente de no vez, poseído de un impetuoso anhelo de no obrar nunca como los demás?

Cuando Andrés era niño, sus padres habían abandonado la esperanza de que su afición a la mecánica, entonces un simple entretenimiento, se desvanecería con los años. Pedro se dedicaría a la música, y Andrés ayudaría a su padre a administrar su fortuna, creándose después. Pero aquí lo habían ellos decidido: Juzgáronse, pues, deshonrados al ver que Andrés contrariaba tan radicalmente sus proyectos.

Malas lenguas aseguraban que si el Sr. Crayán no había muerto del disgusto, era casi cierto que había contribuido a debilitar su salud. Y eso que murió antes de que su hijo entrase a ganar un salario en casa de los Breugeux.

Esta prueba tan ruda estaba reservada para la señora de Crayán. ¿Sería Andrés un orgulloso a su manera, que quería singularizarse, o estaba algo loco? Andrés sufrió los exámenes de piloto aviador. ¡Entonces quería ser aviador! Y la señora de Crayán, no sabía qué pensar; luchando con el entusiasmo que desencadenaban las hazañas de los hombres pájaros, y los temores y zozobras de su ternura maternal. Quizás su hijo algún día fuese un aviador célebre, y quizás se lo traerían de pronto, de un campo de aviación, con los miembros rotos y el pecho destrozado. Pero no, tan pronto volaba como montaba motores... ¿Qué secreto impulso dirigía un proceder tan extraño?

Una tarde, ocultándose cuidadosamente - pues la presencia de la señora de Crayán hubiese podido descubrir un parentesco que Andrés quería ocultar a todo trance -, situóse en los alrededores del taller, a la hora de la siesta, y como alrededores del taller, a causa de la estupefacción, le vio traspasar la puerta confundido entre el tropel de los demás obreros, con su chaqueta azul y grisienta desahotonada, sobre un jersey negro, con soltura y aplomo, como si hubiese nacido en aquel ambiente.

Todos los domingos, Andrés almorzaba en la calle de Fortuny. Despojándose de su traje de obrero, llegaba vestido con un terno a la inglesa, enteramente desconocido para quien le hubiese visto la vispera. Con sus cabellos rubios y lisos, partidos en mitad del cráneo por una raya, con su rostro afeitado y su tez pálida, tenía la apariencia de un joven norteamericano. Casi nunca contaba nada, limitándose a afirmar que estaba contento. Hablaba muy poco, convencido de que los suyos no le entenderían, haciendo un esfuerzo para escuchar las confidencias de los demás, aunque no le interesasen apenas. Cuando su hermano cantaba alguna melodía compuesta por él, felicitábase aunque no le gustase aquella música fácil, pues a pesar de la creencia de su madre, de que no rendía culto a las bellas artes, Andrés amaba el arte, pero violento y apasionado.

Aquella mañana Andrés se encontró en la calle de Fortuny con Gastón Le Dorat y con su hermana Magdalena, que vivían juntos desde la muerte de sus padres.

Entre Le Dorat y su hermana existía una gran diferencia de edad, la de dos hermanitos que murieron cuando aun no habían traspasado los límites de la infancia. Le Dorat tenía cuarenta años y Magdalena veintitrés.

A Andrés le era Le Dorat muy antipático. Echábale en cara - lo que precisamente para la señora de Crayán era muy plausible - y era el emplear su actividad en negocios más financieros que científicos, y que no servían más que para explotar el genio de los demás.

Andrés detestaba hasta el físico de aquel hombre; su vientre de hombre importante, redondo y corto, su frente indecisa, su cráneo calvo y su largo bigote castaño.

Magdalena le inspiraba una desconfianza mezclada de piedad desdeñosa. De estatura mediana, poseía una belleza particular. Sus cabellos oscuros, largamente ondulados y partidos en bandas al lado izquierdo de la cabeza; sus grandes ojos pardos, francos y a veces duros, sus cejas muy espesas, contrastaban como la sombra y la luz en la palidez de su rostro.

A veces, de improviso, a causa de la más insignificante emoción, la sangre coloreaba por un instante las mejillas. Vestíase con la libertad de una muchacha

que no tiene por guía los consejos autoritarios y juiciosos de una madre y nada era más desconcertante para los ojos que el contraste de aquel rostro tan fácilmente impresionable y los trajes estrechos, las blusas escotadas y los inmensos o minúsculos sombreros que distinguían a Magdalena entre las parisinas más exágeradas y llamativas.

Andrés la tenía por mal educada y muy fútil, ávida nada más de llamar la atención. No podía negarse que había sufrido, con brillante éxito los exámenes de enfermera de la Cruz Roja, pero ello no dejaba de ser un juego a la moda.

Magdalena, con la pura expresión de su rostro, y sus modales independientes de su rostro, con su alta distinción y con lo que él llamaba sus extravagancias, resumía, en suma para él el inquietante misterio de la joven moderna, cuya invasora y molesta personalidad busca el singularizarse por todos los medios y que, sin embargo, no puede despojarse del todo ni de la gracia ni de la inocencia de su edad y de su sexo.

La señora de Crayán, que conocía a los Le Dorat hacía ya mucho tiempo, había puesto sus miras en Magdalena. Gastón ganaba mucho dinero y se lo había hecho ganar también al Sr. Crayán y ella le admiraba. El éxito lisonjero de sus negocios acrecentó su intimidad, y Magdalena, huérfana, habíase convertido en la hija de aquella casa, en que no había más que varones. Nada, por lo tanto, más natural que la señora de Crayán pensara en casarla.

Y semejante idea se le ocurrió a la señora de Crayán en el acto, pero sin insinuarle ni una palabra a Magdalena ni decirle nada a Gastón.

Al principio, pensó en ello en sus horas de ocio, por la noche al acostarse, o según el azar de los acontecimientos, una tarde, por ejemplo, en su salón, al servirla Magdalena el té.

«¿Qué nuera tan gentil y tan graciosa sería ésta!», decía para sus adentros.

La idea presentábasele después adornada de todas sus ventajas. Pedro era un artista, y ya se sabe que los artistas no son muy partidarios del matrimonio, pero un casamiento así haría volver a Andrés a la buena senda... Magdalena era rica y bonita; Gastón debía poseer una considerable fortuna y si, por tenerla empleada en sus negocios, no podía darla en el acto una buena dote, la señalaría, al menos, una cuantiosa renta. Y sobre todo, asociaría a Andrés en sus empresas y, aunque así no fuese, en su saludable influjo le arrancarían del taller y de sus oscuros proyectos.

La señora de Crayán pareció caerse de las nubes, cuando sin andarse con rodeos Andrés le confesó lo que pensaba de Le Dorat y de Magdalena. Ella intentó defender a la joven; no era justo condenar a Magdalena por su manera de vestir, pues su extravagancia debía a su extremada juventud, pero... en el fondo era muy seria. Después dejó hablar a su madre interrumpirla, y Andrés se abrió a su madre racas ni discursos que no se casaría nunca por llevar en su cerebro proyectos para cuya realización sería un obstáculo el matrimonio. ¿Cuáles eran aquellos proyectos? En vano interrogó su madre.

Cuando Andrés entró en el salón, la silueta de Magdalena que le volvía en la espalda, no podía ser más cómica ni más ridícula. Encaramada sobre zapatos de tacones muy altos, enfundada en una falda corta de raso morado, los hombros deprimidos bajo una chaquetilla de la misma tela, ostentaba sobre la cabeza un sombrero minúsculo en forma de cofia tan pegado al cráneo y tan estirado sobre la nuca que le daba la triste apariencia de no tener cuello; la cabeza parecía una bola puesta sobre los hombros. Andrés después de haber besado a la señora de Crayán, dirigióse hacia su hermano que estaba hablando con Magdalena.

- ¡Buenos días, Andrés!, dijo la joven.

Ella le llamaba por su nombre, lo mismo que a Pedro, pues los tres habían jugado juntos, de niños. Una joya de Lalique pendía sobre su garganta que dejaba demasiado al descubierto el cuello de una blusa de linón.

Magdalena le tendió la mano que él estrechó sin volver a ocuparse más de ella.

- ¿Sigues contento, Andrés?, preguntóle Le Dorat, con entonación irónica.

- Más que nunca, respondióle Andrés.

Un criado entró a anunciar que el almuerzo estaba servido. Primeramente hablaría de la gran temporada parisina que se inauguraba pronto con los bailes rusos. La señora de Crayán había tomado localidades para la primera representación de cada uno de los espectáculos, pues creía indigno de su rango asistir a las sucesivas. Magdalena manifestaba el más vivo entusiasmo por los danzantes y sus danzas: se-

gún su opinión nadie había sabido danzar antes que Nijinsky y Karsavina. Después la maledicencia cebóse en los amigos.

Andrés escuchaba, o cuando menos, cortésmente, lo fingía. Fiel a su costumbre de ir todos los domingos a la calle de Fortuny, cada vez se sentía allí más descuidado, y aquel domingo más que nunca, sin duda, por estar ya tan próximo a cambiar de vida, al tener de sus deseos.

Desde muy joven había detestado la vida burguesa que debía ser la suya, si decidíase a aceptarla. Estimábala propia con sus fútiles distracciones, con sus prejuicios y su mezquino egoísmo para entumecer el alma, corromper el juicio y extirpar todo ideal en el espíritu.

Nada al contrario le parecía más bello que la existencia del hombre que, nacido de padres humildes, se eleva poco a poco, merced a dolorosos esfuerzos, o de improviso por un arranque de genio. ¡Ser hijo de sus obras! ¿Cabía en el mundo un destino más bello?

Andrés no tardó en comprender que no sería jamás un hombre si no llegaba a saborear el placer y el dolor de la lucha. Pero no concebía verdadera gloria más que en ser útil a los demás. La proeza de Bleriot, a la orilla de los lagos canadienses, exaltábele ante todo porque abría en la historia de la humanidad una nueva era. ¿Para qué servía sin embargo el ser aviador? ¿Para batir *records* de altura, de duración y de rapidez? No faltaría otros que hiciesen lo mismo. En aviación el aviador era lo que tenía menos importancia; si llegaba a morir le reemplazarían otros ciento. El inventor era el único factor importante. El hombre podía volar. Lo que precisaba ahora era convertir en una cosa ordinaria, como la marcha o la conducción de un automóvil, lo que hasta aquí no había sido más que una hazaña. Entonces fué cuando se apoderó de su mente su gran sueño; el de volar suspendido en el espacio. Esto era, realmente, la conquista del cielo.

- Estás muy callado, Andrés, notó a los postres la señora de Crayán. ¿No tienes nada que decirme?

- Sí, replicó Andrés con un movimiento brusco como un hombre a quien arrancan de pronto a sus reflexiones, tengo algo que decirles a ustedes.

- ¿De qué se trata?

- Ayer me despedí del taller..., y...

- ¡Por fin!, exclamó la señora de Crayán, ¡por fin! Tuvieste una buena idea.

- Le felicito a usted, ratificó Le Dorat. Su sitio no estaba en un taller, como obrero.

Andrés sonrióse.

- Aguarde usted, aguarde usted. Ayer me despedí del taller y mañana me voy a Picardía, por el Catois.

- ¿A Picardía, por el Catois? ¿Qué vas a hacer en ese rincón del mundo?, interrogó, inquieta, la señora de Crayán.

- A construir un aeroplano, inventado por mí.

- ¡Un aeroplano! Yo seré su primera pasajera, indicó Magdalena.

Pedro miraba boquiabierto a aquel hermano que se le parecía tan poco.

- ¡Ah!, ¡vamos!, dijo Le Dorat interesándose en aquello. ¿Y qué novedad va a ofrecernos el aeroplano de usted?

- Ya lo verá usted, cuando esté construido.

Esta noticia sembró el terror en el espíritu de la señora de Crayán.

- ¿Y tú mismo vas a probar ese aeroplano?

- Sí.

- ¡Ah! ¡He aquí lo que yo temía!, dijo ella.

Por muy frívola que fuese la señora de Crayán, y a pesar de los disgustos y sinsabores que la había causado que Andrés amábale con aquella ternura particular que las madres reservan a menudo, para sus hijos, cuando son grandes cerebros o malas cabezas.

En cuanto recibió Andrés su diploma de piloto echóse a temblar. Luego, tranquilizóse al ver que no volaba sino muy pocas veces. ¡Y ahora quería tripular, no un aeroplano que había sufrido ya las pruebas, sino otro de su invención que por primera vez iba a cruzar el espacio! Esto era entonces aquel proyecto que motivó su entrada en casa de los Breugeux y que impulsábale ahora a marcharse a Picardía, proyecto que ella adivinaba que lo tenía malduro hacia ya tiempo y que calificaba de suicida.

- No me opongo a que vayas a Picardía y construyas tu aparato pero si a que lo ensayes tú mismo. Contrata a un piloto. Todos los días se matan o se hieren aviadores. Yo no te puse en el mundo para que te mataras a los veinte años. Es horrible esa dicha aviación. No deben amar la vida esos jóvenes cuando la arriesgan a cada momento.

- Si la arriesgan es porque la aman, dijo él. El peligro de la muerte decuplica el placer de vivir.

- ¡Esto está muy bien dicho!, exclamó Magdalena.

(Se continuará.)



París. Visita de los Reyes de Dinamarca. - Los soberanos daneses, acompañados del Sr. Poincaré, a su salida de la Casa Consistorial después de la recepción celebrada en su honor. (De fotografía de C. Trampus.)

PARÍS. - VISITA DE LOS REYES DE DINAMARCA

Después de haber visitado a los reyes de Inglaterra en Londres, los soberanos dinamarqueses han hecho su visita oficial al Presidente de la República, habiendo permanecido tres días en la capital de Francia.

El Rey Cristián X y la Reina Alejandrina llegaron el día 16 a París, siendo recibidos en la estación por el Sr. Poincaré y su esposa, por el Gobierno, por comisiones del Senado y de la Cámara, por las autoridades y altos funcionarios del Estado. Cambiados los correspondientes saludos y hechas las presentaciones de rúbrica, organizóse la comitiva oficial, ocupando el primer coche el monarca dinamarqués y el Presidente de la República francesa y el segundo la reina y la señora de Poincaré. Entre las aclamaciones de la multitud encaminóse el cortejo al palacio del ministerio de Negocios Extranjeros, en donde se han hospedado durante su estancia en París los augustos viajeros, quienes, poco después, fueron al Elíseo a visitar al Presidente, y desde allí a la Casa Consistorial, en donde se celebró en su honor una



París. Peregrinación anual de los alsacianos y loreneses.

- Jóvenes alsacianas y lorenesas depositando palmas y coronas en la estatua de Estrassburgo. (De fotografía de M. Rol.)

guerra de 1870-71, no ha menguado el amor que los naturales de aquellas provincias sienten hacia Francia, a la que siguen considerando como a su verdadera patria. Cerca de medio siglo de dominación alemana no ha podido extinguir ese amor que los alsacianos y loreneses exteriorizan siempre que pueden y por todos los medios que tienen a su alcance. Así en esta época acuden anualmente a París en verdadera peregrinación y entre las varias manifestaciones patrióticas que allí realizan figura el desfile ante la estatua de Estrassburgo, en la cual depositan palmas y coronas, rindiendo homenaje a aquel símbolo de sus amores, de sus añoranzas y de sus aspiraciones.

LYÓN. - APERTURA DE LA EXPOSICIÓN

El ministro de Obras Públicas señor Peret ha abierto oficialmente la Exposición que la ciudad de Lyon ha organizado. La ceremonia de apertura revistió gran sencillez, pues el ministro, con muy buen acuerdo, quiso reservar todas las solemnidades para el acto inaugural, que habrá presidido el día 24 de este mes el Presidente de la República.

El Sr. Peret se limitó a visitar la aldea alpina, los jardines de la sección de horticultura, la galería de máquinas, la magnífica sección de sederías lyonesas, los salones del mobiliario, las secciones de Sevres, de los Gobelinos, de las artes decorativas y de bellas artes.



Lyon. - Apertura de la Exposición por el ministro de Obras Públicas Sr. Peret (1), a quien acompañaban los Sres. Herriot (2), senador y alcalde de Lyon, y Courmont (3), comisario general de la Exposición (De fotografía de Photo-Hispania.)

recepción brillantísima. El presidente del Consejo Municipal Sr. Chassaingue Guyón y el prefecto del Sena Sr. Delanney, dieron, en términos afectuosos, la bienvenida a los reyes, agra-

horticultura, la galería de máquinas, la magnífica sección de sederías lyonesas, los salones del mobiliario, las secciones de Sevres, de los Gobelinos, de las artes decorativas y de bellas artes.

deciéndoles su visita, y el Rey Cristián contestó dando las gracias al Consejo por el magnífico recibimiento que a él y a su esposa había dispensado. Sirvióse luego un lunch y finalmente fueron ofrecidos a la Reina Alejandrina un precioso espejo con esmaltes y marco de plata cincelada y al Rey Cristián una soberbia copa de oro, plata y marfil.

De regreso en su alojamiento, el monarca recibió al Cuerpo Diplomático y terminada la recepción asistió con su augusta esposa al suntuoso banquete que en su honor dió en el Elíseo el Presidente de la República y a cuyo final pronunciaron elocuentes brindis los dos jefes de Estado. Después de la comida celebróse una velada musical, en la que tomaron parte los principales artistas de los teatros parisienses.

En los días siguientes los soberanos dinamarqueses asistieron a las carreras de caballos de Longchamp, a una representación de gala en la Opera, efectuaron una excursión a Versalles, presenciando las maniobras militares en el campo de Satory y fueron obsequiados por el ministro de Negocios Extranjeros con un banquete y una velada artística.

El Rey Cristián X y su esposa salieron de París el día 19 por la mañana.

PARÍS. - ALSACIANOS Y LORENESES ANTE LA ESTATUA DE ESTRASSBURGO

A pesar de los años transcurridos desde la anexión de Alsacia y Lorena a Alemania como consecuencia de la

ROMA. - REUNIÓN QUINQUENAL DEL CONSEJO INTERNACIONAL DE LAS MUJERES

Recientemente se ha reunido en Roma el Consejo Internacional de las Mujeres en el que se hallan representadas veinticuatro naciones. Este Consejo, que se reúne cada cinco años en un Estado distinto, hallase presidido por la condesa de Aberdeen, vi-reina de Irlanda; fué fundado en 1888 por la señora May Wrigh Servall, que en la actualidad es su presidenta honoraria, y hoy en día cuenta con doce millones de asociadas.

Para comprender la esfera de acción de este Consejo y la importancia de la reunión recientemente celebrada, bastará saber que las ocho secciones en que está dividido se han ocupado en las siguientes materias: hacienda, arbitrajes y paz, reformas legislativas, sufragio y derecho de ciudadanía, moral y trata de la mujer, higiene pública, educación y emigración. Sin embargo, las cuestiones a las cuales mayor atención se presta son las referentes a la asistencia y a la higiene.

La inauguración íntima, por decirlo así, de las sesiones efectuóse en la quinta que la condesa de Spaletti, vicepresidente del Congreso posee en el Quirinal, con asistencia de unas 450 señoras procedentes de los más remotos y diversos países. La inauguración oficial se cele-

bró en el Círculo Artístico y revistió gran solemnidad, y en ella hablaron, pronunciando hermosísimos discursos, la conde-

tarse cada una de éstas a hablar, una orquesta ejecutó el himno nacional respectivo. Al final de la sesión todas las congresistas cantaron el Himno Internacional de la Mujer, siendo aquel espectáculo en extremo conmovedor.

Un solo detalle dará a conocer el espíritu que preside en las tareas del Consejo Internacional; el artículo primero de los Estatutos se reduce al siguiente hermoso principio: «Haz a los demás lo que quieras que hagan contigo.»

Pocos días después se efectuó en el Capitolio y en presencia del ministro de Instrucción Pública de Italia y de las autoridades municipales de Roma, la inauguración del II Congreso Internacional femenino, en cuyo programa ocupan lugar preferente las cuestiones que afectan al mejoramiento social de la mujer y sólo un lugar secundario las que se refieren a los derechos políticos.

El ministro pronunció un discurso elocuente que produjo inmensa satisfacción a las asambleístas, porque el orador expresó bien claramente con palabras de entusiasmo sus simpatías por el formidable movimiento feminista y por los felices y positivos resultados sociales que de él deben esperarse.



Damas que constituyen el Comité permanente del Consejo Internacional y que preside la condesa de Aberdeen (x), virreina de Irlanda. (De fotografía de Carlos Abeniagar.)

sa de Aberdeen, la condesa de Spalleti y las delegadas de las veinticuatro naciones en la asamblea representadas; al lev-

el formidable movimiento feminista y por los felices y positivos resultados sociales que de él deben esperarse.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Case CANDÈS
B^e St-Denis, 26

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
DRES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

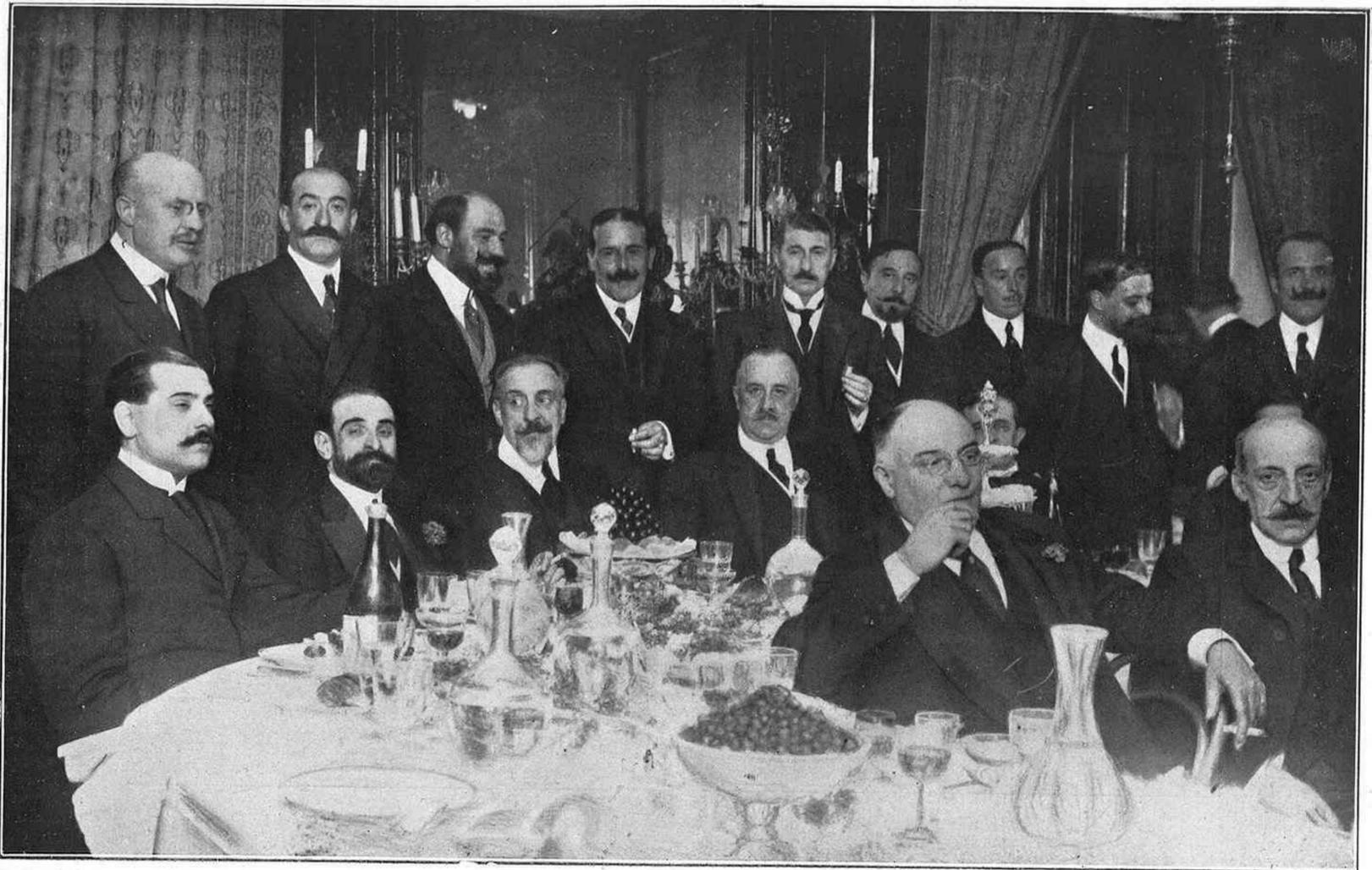
HISTORIA GENERAL de FRANCIA
ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES
Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Hamburgo - Milán - Londres
París - San Petersburgo - Viena - Tokio

CESAR Y MINKA
Criadero y comercio de perros de casta, ZAHNA (Frusia) recomienda
Los más notables perros de casta
PERROS DE GUARDA, DE LUJO Y DE COMPAÑIA así como todos los PERROS DE CAZA, desde el grande DOGO DE ULM y el perro DE MONTE hasta el más pequeño PERRITO FALDERO. Lista de precios ilustrada gratis. ENVÍO Á TODAS LAS PARTES DEL MUNDO Y EN TODAS LAS ESTACIONES DEL AÑO. - GRAN EXPOSICIÓN PERMANENTE EN LA ESTACIÓN FERROVIARIA DE ZAHNA.

ENFERMEDADES
URINARIAS, DIABETES, ALBUMINURIA, RINONES, VEJIGA, MATRIZ, OVARIOS, MALES SECRETOS, IMPOTENCIA, TOS, BRONQUITIS, HEMORROIDES.
Si padecéis una de esas enfermedades, pedid inmediatamente, indicando vuestra enfermedad, al Dr. Damman, rue Trône, 76, Bruselas, (Bélgica), o a la farmacia de J. Segalá, Rambla de las Flores, 4, Barcelona, uno de los folletos número 29, y tendréis el medio de curaros en seguida completamente mediante nuevos extractos de plantas, aunque vuestra enfermedad sea antigua y calificada de incurable.

Jabón líquido **PRINCESA**
Es el más suave y el único que debe usarse para la cara y el cabello. Es el mejor preservativo de las enfermedades de la piel. Insustituible para la toilette de las personas de cutis delicado, especialmente las criaturitas recién nacidas. Nunca irrita. Preciso en todo lavado.
MEDALLA DE ORO
DE VENTA EN LAS DROGUERIAS Y PERFUMERIAS IMPORTANTES. DOS PESETAS FRASCO
VENTA AL MAYOR: J. VIÑAS CAMPAÑA, ARAGON, 166. - BARCELONA



Banquete con que el alcalde de Barcelona y el Comité Ejecutivo de la Exposición de Industrias Eléctricas ha obsequiado a la prensa de Madrid. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Uno de estos días pasados obsequió en Lhardy con un espléndido banquete a la prensa diaria de Madrid la Comisión de la Junta directiva y organizadora de la Exposición de Industrias Eléctricas, que fué a la corte a solicitar el apoyo del Estado para este gran certamen que en 1917 ha de celebrarse en Barcelona.

Los comensales eran más de cincuenta.

En la mesa presidencial ocupaba el centro el alcalde de Barcelona Sr. Sagnier, quien tenía a su derecha a D. Alfredo Vicenti, director de *El Liberal*, y a D. Francisco Cambó, y a su izquierda a D. Jerónimo Bécker y a D. Emilio Junoy. Completaban la representación de Barcelona los señores marqués de Alella, Rusiñol, Rosell, Mir y Miró, Rahola (D. Pedro), Rocha, Rosés, Serra, Arola, conde de Centellas, Lladó, Vega, Planas, Sagrado y Morayta (D. Miguel).

La prensa estaba representada por los directores de *El Liberal*, *El Radical*, *La Tribuna*, *El Parlamentario*, *El Diario de la Marina* y *El Globo*, y redactores de *La Epoca*, *Heraldo de Madrid*, *La Correspondencia de España*, *A B C*, *El País*, *El Correo Español*, *Diario Universal*, *El Debate*, *España Nueva* y *El Ejército Español*.

En el momento de servirse el champaña, el alcalde de Barcelona pronunció un elocuente discurso para ofrecer el banquete a la prensa diaria de Madrid, que tan grata acogida ha dispensado a la iniciativa de la proyectada Exposición, cuya significación y alcance puntualizó el Sr. Sagnier, recabando para su eficaz realización, juntamente con el apoyo oficial, el concurso que los periódicos otorgan con entusiasmo a toda obra que sirve los intereses nacionales o que refleja y estimula las energías del país.

Declaró que las esperanzas que la comisión llevó a Madrid no han sido defraudadas; antes al contrario, la acogida que los anhelos de Barcelona, en cuanto a su Exposición, han tenido en las esferas oficiales, lo mismo por S. M. el Rey que por parte del Gobierno y de los hombres públicos, mueven a los representantes de Cataluña al más hondo y vivo reconocimiento.

Inspirándose en los mismos nobles sentimientos, el Sr. Vicenti, en nombre y representación de los periodistas, correspondió al brindis cariñoso del Sr. Sagnier con otro admirable discurso proclamando las excelencias de Barcelona y su compenetración con Madrid, y ofreciendo para la futura Exposición el entusiasta apoyo de la prensa madrileña.



Parque canino de Eisenberg para la cría y el comercio de PERROS DE RAZA

RICHTER Y C.^a, EISENBERG S.-A.
142 Alemania

PROVEEDORES DE PERSONAS DE SUMA DISTINCIÓN, DE OFICIALES, DE ECLESIÁSTICOS, ETC.

Proporcionan TODA CLASE DE PERROS DE RAZA desde los MÁS GRANDES LADRADORES, de GUÍA y de VIGILANCIA hasta los MÁS PEQUEÑOS FALDEROS. PERROS DE GAZA y de POLICIA. Envío a TODOS LOS PAÍSES y en TODAS LAS ESTACIONES DEL AÑO. Garantía de procedencia sana. SERVICIO REAL, HONRADO Y FÁCIL. MAGNÍFICO ÁLBUM con ilustraciones y descripción de las razas con lista de precios. Pesetas 2,15 con abono en la compra. Lista de precios gratis y franco. NUMEROSAS CARTAS de GRATITUD escritas ESPONTÁNEAMENTE son la mejor prueba de la EXCELENCIA DE NUESTRAS ENTREGAS.

HIPOFOSFITOS SALUD

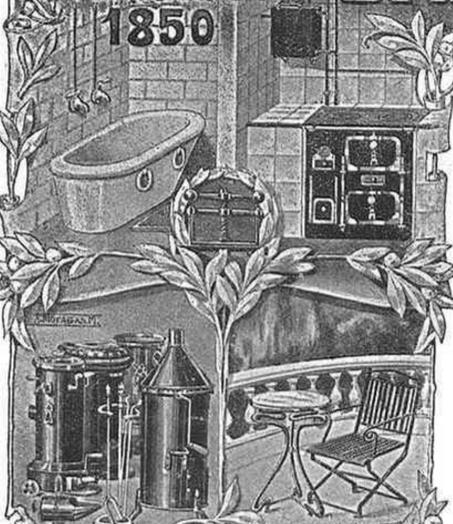


COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero. 14.R. Beaux-Arts. París.

FUMISTERIA: CAÑAMERAS

Fundada en 1850



COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS

ASADORES AUTOMÁTICOS

TOSTADORES, CALORÍFEROS Y CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR

PRENSAS, BANCOS, MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940

Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. — MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN